

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Última noche en Singapore

Por un instante, Armand De Vries pensó en la posibilidad de sorprender a la mujer con un súbito ataque hacia atrás, pero eso implicaba un riesgo mucho mayor que poder convencerla de que se estaba equivocando. Una vez más, la certeza de que tras él tenía a alguien en verdad peligroso, decidió el comportamiento de De Vries. Salió del coche, lentamente, y se alejó seis pasos, ni uno más ni uno menos. Oyó abrirse la portezuela de atrás, y en seguida, la voz de ella.

Lou Carrigan

Ultima noche en Singapore

Brigitte en acción - 189

ePub r1.1

Titivillus 27-05-2019

Lou Carrigan, 1974
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla V Aniversario: aigor

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES

QUINTO ANIVERSARIO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Armand De Vries alzó la mirada por encima del periódico y echó un lento vistazo alrededor, recorriendo todo el vestíbulo del «Hotel Lis», de Montecarlo. Ocupaba un lugar estratégico en el vestíbulo, de modo que podía verlo todo muy bien. En el mostrador de recepción estaba solamente el recepcionista, al parecer ordenando la última correspondencia recibida para los clientes. Algunos de éstos, como él mismo, ocupaban los confortables sillones del lujoso hotel, leyendo, o bien charlando, por parejas.

El ambiente era discreto, elegante, silencioso. Las grandes alfombras parecían absorber cualquiera de los pequeños ruidos que pudieran producirse allí dentro…

Por fin, De Vries miró hacia otro de los hombres que también parecía dedicado a leer un periódico, pero que lo estaba mirando a él precisamente. Con un gesto apenas visible, ambos movieron negativamente la cabeza. Parecían perplejos… Una perplejidad que comenzaba a convertirse en preocupación.

El otro, Demetrio Karakis, se puso en pie, y fue a dejar su periódico en la mesita de mármol ante la cual estaba sentado De Vries. Tomó otro periódico, y se sentó muy cerca de éste, musitando mientras se inclinaba:

—Son más de las ocho y él tenía que llegar a las siete, Armand. Algo ha sucedido.

Armand De Vries pareció abstraerse de nuevo en la lectura del periódico, mientras murmuraba:

—Vamos a esperarlo hasta las nueve. Si entonces no ha venido, nos iremos a tomar el avión.

—No me gusta esto. Schafer ha sido muy preciso en todas sus cosas. En todas.

—Cálmate. Esperaremos hasta las nueve. Ni un minuto más.

Demetrios Karakis asintió y de nuevo pareció dedicarse a la

lectura, lo mismo que De Vries. De cuando en cuando uno u otro, o los dos a la vez, coincidiendo, alzaban la mirada, pero no había suerte: Henry Schafer continuaba sin aparecer…

Hacia las ocho y veinticinco, De Vries alzó una vez más la mirada, un tanto vivamente, al percibir de nuevo la entrada de alguien en el hotel. No era Henry Schafer. No podía serlo, porque se trataba de una mujer.

Buena estatura, sobria en el vestir, de gesto erguido, reposado, caminaba hacia el mostrador de recepción, mirando ya al conserje. Ni un solo detalle en ella era llamativo, ciertamente, pero su hermosura y perfección física tenía que llamar forzosamente la atención… Y así era. Tanto Karakis como los demás hombres aposentados silenciosamente en el vestíbulo la estaban mirando, con seguridad asombrados por el tono dorado de su piel, sus hermosos cabellos negros y sueltos, y sus grandes, bellísimos ojos azules. Parecía tener unos veinticinco años.

Llegó ante el conserje y le preguntó algo. El hombre movió negativamente la cabeza. Ella asintió, al parecer, pero el conserje siguió negando. Entonces, ella miró a su alrededor, y luego a las tres cabinas telefónicas de cristal, insonorizadas, que había al fondo del vestíbulo. Las señaló, volvió a preguntar algo, y el conserje, esta vez, asintió.

La mujer fue hacia allá y se metió en una cabina. Marcó un número, y poco después iniciaba la conversación, vuelta de espaldas al vestíbulo…

De Vries dejó de mirarla y miró a Karakis, que le hizo un gesto bastante disimulado, pero evidentemente procaz, hacia la mujer que estaba telefoneando. Luego, como puestos de acuerdo, ambos volvieron a mirar su reloj.

Segundos después, como muy lejano, llegaba hasta ellos el timbre del teléfono del hotel colocado sobre el mostrador. El conserje descolgó el auricular, escuchó y miró precisamente hacia Armand De Vries, haciéndole una seña. De Vries se puso en pie, y mientras caminaba hacia el teléfono miró de nuevo a Karakis, que le contemplaba con gesto expectante.

—Para usted, señor De Vries.

—Gracias… La estaba esperando —tomó el auricular y musitó—: ¿Sí?

Silencio.

Silencio absoluto al otro lado de la línea.

—¿Diga? —insistió De Vries.

Silencio absoluto.

El conserje miraba sorprendido a De Vries.

—¿No contestan? —se extrañó—. Permítame: quizá el teléfono se haya estropeado precisamente ahora. Con su permiso —tomó el auricular, escuchó unos segundos y alzó las cejas, perplejo, mirando a De Vries—. Yo diría que han colgado, señor.

—Sí… —musitó De Vries—. Yo también diría eso. Seguiré esperando. Quizá se haya cortado la comunicación y vuelvan a llamar.

—Seguramente.

El conserje colgó el auricular, De Vries esperó medio minuto, pero el teléfono no sonó. Encogió los hombros y regresó a su sillón. Apenas se había sentado, el teléfono volvió a sonar, así que se puso en pie y caminó hacia el mostrador… Pero el conserje, que había atendido la llamada en seguida, movió negativamente la cabeza, miró hacia Demetrios Karakis, que también lo estaba mirando, y alzó el auricular, muy significativamente.

Esta vez fue Karakis quien fue a atender la llamada.

—Diga.

Silencio.

Silencio absoluto.

—Diga —insistió Karakis, volviéndose hacía De Vries, que le miraba entre expectante y alarmado—. ¿Diga?

Silencio absoluto.

—Tiene que haber alguna avería —dijo el conserje, consternado —. Al menos, en esta línea, ya que veo a aquella señorita conversando en la cabina dos. Esperemos que la persona que le llama tenga la buena idea de hacerlo a una de esas cabinas, que naturalmente están a nombre del hotel.

Karakis miró a la hermosa mujer de los ojos azules, que seguía conversando por teléfono, y asintió con la cabeza.

—Sí… Esperemos que me llamen por uno de esos teléfonos. Gracias.

—Lo siento, señor Karakis.

—No importa. Seguiré esperando.

Volvió a sentarse…, pero junto a De Vries de nuevo. Los dos eran veteranos en situaciones molestas… o peligrosas.

—¿Habían colgado? —le preguntó serenamente De Vries.

—Sí.

De Vries se pasó la lengua por los labios.

—Vamos a marchamos de aquí inmediatamente… Esto no me gusta nada, Demetrios.

—Puede que realmente se haya producido una avería. A veces, los teléfonos…

—Puede que sí sea una avería —admitió De Vries—. Pero a mí no me gusta esto ni pizca, así que nos vamos inmediatamente. Ya tenemos motivos para estar alarmados por la no comparecencia de Schafer… Es muy posible que algo haya salido mal. Tú ve a sacar el coche del garaje, y espérame en los jardines, a la derecha del surtidor. Yo recogeré nuestras cosas mientras nos preparan la cuenta, y nos iremos inmediatamente a Niza, al aeropuerto.

—¿Y si dentro de poco llega Schafer?

—Que se las arregle como pueda. La hora de la cita eran las siete, y son las ocho y media. No pienso correr ningún riesgo por esperarlo más tiempo.

—Está bien.

Se separaron. De Vries fue hacia el ascensor, y Karakis hacia la salida. Ya no tenían humor para dedicar miradas a la bella joven de los ojos azules, que en aquel momento estaba colgando el auricular…

Karakis salió del hotel y se fue hacia la entrada al garaje. Descendió por los escalones laterales de la rampa, llegó abajo, fue hacia el coche y se metió dentro. Dio el contacto, maniobró y emprendió la subida de la rampa; apareció por un lado del hotel y enfiló el sendero hacia los jardines que se extendían ante la fachada. Era un hermoso hotel, unos bellos jardines, con un surtidor en el centro, iluminado ya, pues la noche casi había cerrado. Por todos lados había flores, a ambos lados del sendero de losas y el recinto del jardín estaba rodeado de castaños, moreras y algunas mimosas.

Precioso.

Hay que saber vivir.

Demetrios Karakis detuvo el coche a la derecha del amplio

sendero, y se quedó mirando el pequeño pero bonito surtidor iluminado; luces que teñían de extraños colores las flores… De un momento a otro aparecería De Vries, y partirían a toda prisa hacia el aeropuerto de Niza, donde debían empezar a preocuparse por su retraso…

Del hotel, vio salir a la bella mujer de los ojos azules, que enfiló inmediatamente el sendero de automóviles. Con la mente en blanco, Karakis la estuvo mirando acercarse, tan hermosa y reposada, tan suave y firme a la vez. De un momento a otro pasaría muy cerca de él, y podría verla bastante bien, teñida de luces de colores.

Pero no.

No.

La hermosa dama no pasó de largo junto al coche, sino que, de pronto, con una agilidad y perfección de movimientos que pasmó a Karakis, abrió la portezuela izquierda de su coche, es decir, justamente la suya.

Y Demetrios Karakis murió así: pasmado, sorprendido, con tan bella imagen en sus pupilas, sin tiempo siquiera para darse cuenta de que la expresión de aquellos ojos había cambiado notablemente, expresando una frialdad terrible mientras su mano derecha, con el pulgar hacia delante, sosteniendo la finísima y larga daga, lanzaba el fortísimo golpe. La agudísima punta de acero penetró cerca de la axila izquierda de Karakis, por delante del brazo, y se hundió con sordo golpe en el pecho, atravesando el corazón y matando instantáneamente a Demetrios Karakis.

Así de sencillo.

La mujer retiró la daga, la tiró al asiento de atrás y rodeó el coche por delante. Abrió la portezuela del otro lado, entró y asió a Karakis por el brazo derecho, tirando de él, con una fuerza, con una potencia increíbles, hasta desplazarlo a aquel asiento. Lo dejó sentado apaciblemente, con la cabeza caída sobre el pecho, y pasó al asiento de atrás. Encontró la daga, la limpió en un hombro de la chaqueta de Karakis y la guardó adhiriéndola a su muslo derecho por dos trozos de esparadrapo color carne que había tenido pegados allí. Luego, del muslo izquierdo, despegó una pequeña pistolita, y se repantigó en el asiento, deslizándose de modo que no pudiera ser vista desde fuera del coche.

Apenas cinco minutos más tarde, Armand De Vries salía del

hotel, mirando hacia donde esperaba encontrar el coche. Y, en efecto, allí estaba. Rechazando la ayuda de un botones, caminó hacia el coche llevando él mismo una maleta y un portafolios. Frunció el ceño al no ver a Karakis ante el volante, pero, al acercarse más, lo vio, en el otro asiento. Abrió la portezuela derecha trasera, tiró dentro la maleta y el portafolios, cerró y fue a sentarse ante el volante, mirando a Karakis.

—¿No conduces…?

Al mismo tiempo que se daba cuenta de la extraña actitud de Karakis y enmudecía, un pequeño toque frío se produjo en su nuca, estremeciéndolo.

Y una voz femenina dijo en perfecto francés:

—Salgamos de aquí, De Vries. No se vuelva —le prohibió, captando el gesto iniciado de él—. No haga nada salvo conducir. Y que sea ahora mismo, o lo mato también.

No era ninguna broma, y Armand De Vries lo comprendió en seguida. Puso el coche en marcha, lo sacó del hotel, apareció en la avenida resplandeciente de luces… Por delante, el puerto, lleno de puntitos rojos de luces de situación de los yates. A un lado, el resplandor del casino, una auténtica luminaria.

—Vamos a salir de Montecarlo hacia Niza —susurró la mujer—. Quiero llegar a ésta por Basse Corniche. ¿Me entiende?

De Vries asintió con la cabeza. En su sobaco izquierdo notaba el bulto y el peso de la pistola, pero tenía la deprimente certidumbre de que no podría engañar de ninguna manera a aquella mujer. Mientras salía de Montecarlo y tomaba la dirección hacia Niza, en su mente se iban formando teorías que, estaba seguro, tenían que ser exactas… y que decían mucho en favor de la astucia y firmeza de la mujer que llevaba detrás pistola en mano.

Tenía que ser la que había entrado al hotel y había telefoneado desde una de las cabinas de cristal. Estaba seguro. Había ocupado la cabina, había simulado estar conversando con alguien, y, mientras tanto, ocultando su acción, había llamado desde aquel teléfono al de la conserjería del hotel. Primero, preguntando por él, por Armand De Vries. Luego, por Karakis. Y los había visto a ambos dirigirse hacia el teléfono de recepción, de modo que los había identificado… Evidentemente, ella conocía sus nombres, pero no sus rostros, y se había valido de tan sencillo pero efectivo truco para

conocerlos a ambos y poder actuar. Ya había actuado, matando a Karakis. Y ahora…, ¿le mataría también a él?

Miró de reojo a Karakis, y lo vio echado ahora hacia la portezuela derecha, siempre caída la cabeza sobre el pecho. Una luz que llegaba de cualquier parte hizo brillar la escasa sangre brotada casi en la axila, empapando la chaqueta.

Dejaron atrás Montecarlo y Mónaco, y finalmente tomaron por la carretera 7, naturalmente. Muy pronto comenzaron a divisar las luces de Beaulieu. Luego, verían las de Villefranche… Iban hacia Niza, pero en condiciones muy diferentes a como De Vries habría pensado y deseado. La certeza de que jamás podría tomar aquel avión que le estaba esperando secó su boca. Ya noche cerrada, un raudal de luces de coches que hacían el camino en sentido contrario iluminaban el crispado rostro de Armand De Vries, que, como nunca en su vida, notaba a su espalda la Muerte. Sí, la Muerte, estaba seguro…

—¿Quién es usted? —preguntó de pronto, con voz ronca.

—Greta Henkel.

—¿Alemana?

—Desde luego.

—Habla el francés tan bien que… ¿Nos conocemos de algo, *Fräulein* Henkel?

—No soy *Fräulein*, sino *Fräu*. Estoy casada. Mi nombre, desde entonces, es Greta Schafer.

De Vries lanzó una exclamación y por un brevísimo instante perdió el control del coche, que se fue hacia el centro de la carretera. Se recuperó en seguida, y gritó alegremente:

—¡Pero si usted es la mujer de…!

—Cállese. Y preste toda su atención al volante, De Vries.

Éste asintió con la cabeza y apretó con más fuerza el volante. La conducción volvió a ser segura.

—Pero no comprendo por qué hace esto… —murmuró—. Henry es amigo nuestro, precisamente lo estábamos esperando para…

—Si sigue hablando así, De Vries, le voy a matar ahora mismo, no importa lo que pase.

—No la entiendo… No la entiendo, de veras. ¿Dónde está Henry?

—¿Usted no lo sabe?

—¿Saberlo? ¡Acabo de decirle que Karakis y yo lo estábamos esperando en el hotel!

—Mentira… —replicó rabiosamente Greta Schafer—. ¡Mentira!

Unas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Armand De Vries. La angustia, ahora que parecía que existía una posibilidad de salvación, era más intensa que antes.

—Le juro que le estoy diciendo la verdad. Habíamos convenido con Henry que le esperaríamos hoy, a las siete de la tarde, en el «Hotel Lis»… Y a pesar de que se retrasaba…

—Está mintiendo: nadie espera a los muertos, De Vries.

Éste tuvo la impresión de que acababa de recibir un mazazo en plena frente.

—¿Muerto? —jadeó—. ¿Henry ha muerto?

—De Vries: con su comedia sólo está incitándome a matarlo mucho menos piadosamente que a su compañero Karakis. Y si no lo he hecho ya, es porque quiero que conteste a algunas preguntas… Pero quizá no me importen sus respuestas, a fin de cuentas, y lo mate ahora mismo.

—Escuche… Escuche, *Fräu* Schafer: hay un error… No sé lo que ha ocurrido, ni lo que está usted pensando, pero le aseguro que se equivoca…

—¿En qué?

—Usted… parece considerar que Karakis y yo sabíamos que Henry había muerto. ¡Y le juro que no es así, le estábamos esperando para pagarle, y luego, cuando él hubiese colocado su dinero donde quisiera, marcharnos los tres! Lo hemos hecho otras veces después de un trabajo en Europa, y le juro…

—Deje ya de jurar. No me gusta usted, De Vries. No me gusta nada. Y para evitarle más mentiras y juramentos, le diré que Henry me informó, antes de morir en mis brazos, que usted y Karakis eran los causantes de su muerte. Por eso…

—¡No es cierto! —se excitó De Vries—. ¡No es cierto eso, se lo juro, se lo…!

—Salga de la carretera a la primera oportunidad —sonó la voz de la mujer, tensa, vibrante de odio—. ¡Yo le voy a enseñar a mentirme después de lo que ordenaron contra Henry!

—Pero…

—¡Haga lo que le digo!

La fría boca de la pistola volvió a tocar la nuca de Armand De Vries, y éste optó por el silencio… mientras le parecía que desde aquel punto frío en su nuca se extendía toda una ola congelada por todo su cuerpo, estremeciéndolo…

—Ahora —dijo la mujer—: a la derecha.

De Vries obedeció. Sacó el coche de la carretera, hacia una explanada de pinos. Desde allí, se veía el brillo de la luna sobre el mar, a la izquierda. Detuvo el coche, paró el motor y no se movió cuando una mano de la mujer pasó por delante de su pecho y le arrebató la pistola de la funda axilar.

—Salga del coche y aléjese media docena de pasos.

—Está cometiendo un error —jadeó De Vries.

—Es posible. Pero no se preocupe todavía: ya le he dicho que antes de matarlo quiero hacerle unas cuantas preguntas… Salga del coche.

Capítulo II

Por un instante, Armand De Vries pensó en la posibilidad de sorprender a la mujer con un súbito ataque hacia atrás, pero eso implicaba un riesgo mucho mayor que poder convencerla de que se estaba equivocando. Una vez más, la certeza de que tras él tenía a alguien en verdad peligroso, decidió el comportamiento de De Vries. Salió del coche, lentamente, y se alejó seis pasos, ni uno más ni uno menos. Oyó abrirse la portezuela de atrás, y en seguida, la voz de ella:

—Pase por delante del coche. Nos pondremos al otro lado, de modo que no exista la menor posibilidad de que puedan vernos desde la carretera.

Otra vez obedeció De Vries. Pasó al otro lado del coche, pensando en lo que debía decir, en cómo podía convencer a aquella mujer…, y de pronto, recibió en los riñones un golpe espantoso, que lo dobló hacia atrás y lo derribó hacia delante, formando un arco. Cayó de vientre y de cara, y en seguida se relajó, sin aliento, estremecido por pinchazos de dolor que recorrían todo su cuerpo desde los riñones. Ni siquiera supo que se estaba incorporando cuando recibió el tremendo puntapié en el estómago, que le hizo dar la vuelta, lanzando un aullido, y caer ahora de espaldas.

Tampoco ahora tuvo la menor oportunidad de reaccionar: cuando vino a darse cuenta, *Fräu* Schafer estaba sentada a horcajadas sobre su vientre y le hundía la punta de la pistolita en la garganta.

—Ni un movimiento —jadeó ella, siempre vibrando el odio en su voz—. Ni un gesto, De Vries. Repóngase tranquilamente y conversaremos.

No era fácil, de todos modos, que De Vries pudiese hacer grandes movimientos, debido a su aturdimiento y al peso de la mujer, que parecía diez veces mayor al que debía tener realmente.

Ella tocaba el suelo con las rodillas y el empeine, y parecía soldada a la tierra por la parte inferior de las piernas, mientras su peso sobre el vientre de De Vries parecía el de un bloque de acero… Jamás en su vida se había encontrado Armand De Vries en una situación tan claramente desfavorable; jamás había sentido la extraña, sorprendente, poderosa presión de una inmovilización de judo contra el suelo.

—Escuche… —pudo alentar por fin—. Escuche, *Fräu* Schafer, déjeme explicarle lo que sé yo, y luego dígame lo que ha pasado, y la convenceré de que somos amigos de Henry.

—Probemos —dijo ella—. ¿Qué sabe usted?

—Henry tenía que hacer un trabajo en Munich… Sabemos que ese trabajo fue realizado, aunque terminó muy mal para todos. Sin embargo, él escapó, ya que su intervención no era directa… Él debía llegar al «Hotel Lis» al cabo de tres días de esos acontecimientos, y nosotros recogerlo y llevárnoslo, después de pagarle y esperar que él depositase el dinero donde quisiera. Ya le he dicho que lo hemos hecho otras veces…

—¿Y no será que esta vez, en lugar de pagarle, decidieron eliminarle?

—No… ¡No! Eso es una tontería: Henry era uno de los mejores del grupo, estábamos contentos con él, siempre hacía bien las cosas… ¡Habría sido estúpido matarlo sólo para evitar el pago de doscientos cincuenta mil francos! Además, ¿cómo podíamos matarlo, si no sabíamos dónde estaba él, y nosotros le estábamos esperando en Montecarlo?

—¿No enviaron a nadie a matarlo?

—¡No! ¡No, no, no!

—¿Qué trabajo es el que hizo esta vez?

—Lo de Munich.

—¿Lo de las Olimpíadas? —Respingó Greta.

—Sí… Sí. Pero él no intervino directamente, ya se lo he dicho. Era uno de los dirigentes, de los que prepararon el atentado contra los atletas israelíes… Cuando todo terminó, él tuvo que marcharse de Munich, y tres días más tarde, aparecer en el «Hotel Lis»… ¡Es todo lo que Karakis y yo le habíamos ordenado!

—¿De manera que Henry intervino en eso…? ¿Cómo es posible? Él era alemán, y…

—Precisamente por eso fue elegido para dirigir el atentado: por ser alemán y por haber dicho repetidamente que a él jamás le gustarían los judíos. El padre de Henry fue un nazi, y…

—Sé muy bien todo lo que concierne a la vida de mi marido, De Vries —cortó ella secamente—. Lo que no sabía era que se dedicase a estas cosas. ¿Henry dirigiendo una guerrilla que dicen que era palestina? No… No me lo imagino haciendo esa clase de trabajos… ¿Qué ganaba con ellos? ¿Dinero? Podía haber ganado tanto o más si él y yo hubiésemos trabajado juntos, como en los buenos tiempos…

—Él jamás dijo que estuviese casado.

—Pues lo estaba —sonó ronca la voz de Greta Schafer—. Lo estaba, De Vries. Pero hace algún tiempo me dijo que era demasiado riesgo para mí continuar con la vida que llevábamos, siempre de peligro en peligro, metiéndonos en aventuras peligrosas… Él sabía muy bien que yo soy capaz de todo, siempre le secundé perfectamente, nunca le causé preocupación alguna… Yo era siempre tan eficaz en nuestros trabajos como pudiera serlo él mismo… Supongo que el nacimiento del niño debió inducirle a pedirme que…

—¿Tienen un hijo? —Se pasmó De Vries.

—Sí… —susurró ella, que se iba relajando—. Sí, un niño: mi pequeño Hans…

—No lo sabíamos… Nadie del grupo sabía esto, ni que estuviese casado siquiera, ya le digo. Él nunca hablaba de sus cosas privadas… Hacía bien su trabajo, y eso era todo. Escuche, le juro que jamás se nos ocurrió matar a Henry… Usted le conocía bien, indudablemente, y sabe lo bien que él hacía todos sus trabajos. Para nosotros, para el grupo, Henry Schafer era… una maravilla. ¿Cree que por doscientos cincuenta mil cochinos francos íbamos a privarnos de un elemento como él?

—No lo sé… Lo único que sé es que hace unos días recibí un telegrama suyo, en casa, en Alemania. Me decía que le esperase tres días más tarde en el lago… Yo lo entendí: tenemos hace tiempo una casita cerca de Friedrichshafen, junto al lago Constanza… Nos hemos visto allí algunas veces, sobre todo últimamente, desde que…, desde que yo tuve que quedarme en casa, con el pequeño Hans… Cuando recibí el telegrama, partí en seguida hacia el lago…

—¿Con el niño?

—No, no… El niño está ahora con unos familiares míos… No. Sólo quería ver a Henry, estar con él unas horas, o unos días… Todo el tiempo que él pudiese dedicarme. Y él llegó… Sí, llegó…, pero muriéndose. Cuando oí la llegada de un coche, supe que era él, y salí de la casa, llamándolo… Vi cómo salía del coche, se tambaleaba y caía… Lo entré en la casa. Estaba lleno de sangre y tenía por lo menos tres balazos en el cuerpo…

—Le juro que no fuimos nosotros. Ni nadie enviado por nosotros, *Fräu* Schafer.

Ella parecía no oírlo. Su mirada se vidriaba, en los dolorosos recuerdos, en las imágenes que desfilaban por su mente.

—Sí… Por lo menos tres balazos… No sé. Murió muy pronto. Casi en seguida… No sé cómo tuvo fuerzas para llegar hasta allí, sólo él podía conseguir una cosa así… Murió en mis brazos, De Vries. ¿Y sabe qué me dijo mientras moría? Los mencionó a ustedes… Oí claramente sus nombres… ¿Quiere que le repita sus palabras exactas?

—Sí, hágalo.

—Dijo: «De Vries… Armand De Vries y Demetrios Karakis… tres días "Hotel Lis"… cario… Ellos… ellos lo… lo…». Ya no dijo nada más. ¡Nada más, De Vries! ¿Cómo interpreta usted estas palabras?

—Se lo diré —se tensó la voz de De Vries—: las interpreto en el sentido de que él sabía que le estábamos esperando en el «Hotel Lis», de Montecarlo, y quería que usted nos informase de lo sucedido.

—No, no, no…

—Usted se ha precipitado, *Fräu* Schafer. ¿No se le ocurrió esto? ¿Pensó que habíamos sido nosotros quienes habíamos disparado contra él, y que dentro de tres días estaríamos en el «Hotel Lis»? —Sí.

—Se equivocó. Él quería que usted nos avisase de que no vendría. Eso es todo. Teníamos que regresar con él a la base, después de pagarle. Mire en el portafolios que hay dentro del coche, y verá los doscientos cincuenta mil francos. Después, que él hubiese hecho con ellos lo que hubiese querido…

—Me los habría… enviado a una cuenta en Ginebra, como otras veces…

—Me parece bien. De acuerdo, eso es lo que haría. Luego, él,

Karakis y yo teníamos que ir al aeropuerto de Niza, y allá tomar un avión comercial privado, que nos llevaría a nuestro destino, para esperar allí otro trabajo.

—¿Qué trabajo? ¿Qué destino?

—Si Henry nunca se lo dijo, obedeciendo nuestra consigna, comprenderá que no voy a decírselo yo.

—Usted me dirá todo lo que yo quiera, De Vries —pareció recuperar ella de pronto su dureza—. De lo contrario…

—¿Me matará? —sonrió él, que comprendía que la situación se iba tornando favorable—. Muy bien, hágalo. Luego, se lleva esos doscientos cincuenta mil francos, y podrá vivir una buena temporada. Y luego…, ¿qué? ¿Dejará usted solo a su hijo durante largas temporadas, mientras se dedica a los… «trabajos» que realizaba hace tiempo junto con Henry? ¿Realmente se encuentra preparada para volver a correr peligrosas aventuras, aunque sean muy remunerativas? ¿O quizá se colocará en una oficina de la ciudad de Alemania donde vive…? ¿Qué hará usted, dígame?

—Tengo algo de dinero… Y con esos doscientos cincuenta mil francos…

—Miseria. Me imagino que usted está acostumbrada a un tren de vida muy importante. No tendría ni para dos años. Quizá, con gran sentido del ahorro, tuviese para cuatro años. Y entonces sería todavía peor, porque tendría cuatro años más… Sus facultades serían menos que ahora, que las que ha demostrado conmigo y con Karakis… En cuanto a su hijo, ¿lo pondría en un pensionado? Eso cuesta mucho dinero… ¿Cómo lo ganaría usted?

—Le aseguro que no me moriría de hambre, De Vries.

—De acuerdo. Máteme, llévese ese dinero, y ya verá cómo tendrá que arrepentirse. En cambio, yo puedo ofrecerle una solución infinitamente mejor.

—¿Qué solución?

—Usted ha matado a Karakis… Y eso no era nada fácil, porque yo conocía muy bien al griego. ¿Cómo lo ha hecho?

—Le he clavado una daga en el corazón. He abierto la portezuela del coche, le he clavado la daga… Eso es todo.

—Eso es todo… Quizá a usted le ha parecido fácil, pero yo sé que no lo era. Usted sabe dominar bien la situación, tiene dureza… Nosotros necesitamos mujeres así, para golpes de sorpresa… Únase

a nosotros. Ganará tanto dinero como estaba ganando Henry, no tendrá demasiados trabajos peligrosos, podrá vivir bien, y dentro de poco, retirarse con muchísimo más dinero que ahora.

—Usted me hace esta oferta porque su vida está en peligro, De Vries.

—No. De verdad: necesitamos mujeres como usted. Hombres tenemos todos los que queremos, pero no mujeres de sus facultades, capaces de matar fríamente a un hombre de una cuchillada, de dominar a otro… La oferta es en serio y muy buena. Sería entrenada, aleccionada, disciplinada… Y hasta es posible que no tardase mucho en dirigir algún grupo, como Karakis y yo.

—¿Incluso después de haber matado a Karakis… se atreve usted a hacerme esta oferta?

—Karakis ha muerto. También ha muerto Schafer. Lo siento por ellos, pero la cosa sigue… Y también seguirá si algún día caigo yo, o cae usted.

—¿Usted puede admitirme, así, tan fácilmente? ¿Acaso es el jefe de este grupo o lo que sea?

—No, no… Yo soy un simple jefe de grupo.

—¿Y dónde está el jefe supremo? ¿Quién es?

—Vamos, vamos, *Fräu* Schafer… —sonrió secamente De Vries.

—Puedo obligarle a decírmelo.

—¿Y qué ganaría con ello? Sólo podría decirle el nombre de un jefe superior a mí, y éste, a su vez, el nombre de otro jefe superior a él, y así tendría que ir… escalando jefes, hasta llegar al supremo, que sólo unos pocos conocen. No llegaría jamás. Pero, además, ¿para qué quiere llegar al jefe supremo? Acepte mi trato y no se preocupe de nada más: insisto en que una mujer de sus posibilidades será muy bien recibida en la organización.

Greta Schafer estuvo pensativa unos segundos. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No —susurró—. No puedo confiar en eso, De Vries… ¡No puedo confiar en usted!

—¿No le interesa lo que le ofrezco? —Palideció él.

—Sí… Sí me interesa, desde luego… He enterrado a Henry junto al lago, cerca de la cabaña. Ya no tengo a nadie, no tengo tanto dinero como quisiera… Y, efectivamente, mi tren de vida ha sido muy caro hasta ahora… Me gustaría poder aceptar, que fuese

verdad todo lo que me ha dicho…, pero mi vida vale más que todo eso. Lo siento por usted, pero…

El final de la frase se convirtió en un alarido de alarma y de dolor cuando, velocísimamente, De Vries apartó su mano armada y consiguió sujetar la muñeca con dedos que parecían de acero, mientras con la otra mano lanzaba un terrorífico puñetazo que iba dirigido a la barbilla de Greta, y que la habría fulminado de haberla alcanzado en tan preciso punto; pero la reciente viuda consiguió apartar su cabeza de la trayectoria del puño de De Vries, que sólo le alcanzó en un hombro; con tal fuerza, desde luego, que la arrancó de encima suyo, derribándola a un lado, rodando, perdida la pistolita.

Armand De Vries se puso en pie de un salto, y de un solo vistazo comprendió que su oportunidad no estaba en acudir en busca de la pistolita, pues entonces tendría Greta todas las ventajas, sino en saltar directamente contra ella…

Y lo hizo.

Se tiró de cabeza contra la viuda…, que giró en el suelo, y su pierna derecha se alzó, recta, esbelta, brillando al resplandor de las luces que llegaban de la carretera como si estuviese bañada en oro. La punta de su pie dio, con matemática precisión, nada menos que en la barbilla de De Vries, con un resultado altamente espectacular: lo detuvo en seco, pareció alzarlo del suelo y lo derribó de espaldas, completamente plano.

Pero el desplazamiento originado por aquel golpe defensivo también pareció alejar de su pistola a Greta, que, como un segundo antes De Vries, comprendió que no podía arriesgarse a intentar recoger la pistola, pues De Vries podría caer mientras tanto sobre su espalda.

Y así, mientras De Vries, con el aliento truncado y lívido como un muerto, se ponía de pie, ella saltaba hacia él, le agarraba ambas piernas por detrás de las rodillas y, mientras tiraba de éstas hacia sí, empujaba el abdomen de De Vries con el hombro izquierdo… Fue una perfectísima ejecución del movimiento de judo *ryo ashi dori*, y De Vries volvió a dar con su espalda y cabeza contra el duro suelo.

Pero, mientras caía, sus manos asieron los cabellos de Greta Schafer y tiraron de ella con fuerza, echándosela encima. La viuda lanzó un chillido de dolor, intentó soltarse, y entonces el puño

derecho del hombre se hundió en su vientre, en un golpe espantoso, en corto. Greta Schafer estertoró fuertemente, se derrumbó encima de De Vries, y éste la apartó con rudeza, alejándola rodando lejos de sí, para, inmediatamente, deslizarse hacia la pistola, que consiguió empuñar con dedos crispados, nerviosos…

Se revolvió en el suelo, quedó tendido de espaldas, y la pistola apuntó a Greta, que se estaba poniendo trabajosamente en pie, jadeando, blanquísimo el rostro…

—Quieta… —jadeó De Vries—. Quieta, fiera…

Se quedaron mirándose los dos, jadeando fuertemente. En la oscuridad, brillaba la pistola, en la mano de De Vries. Y ante él, ya erguida, Greta Schafer recibía de cuando en cuando los resplandores lejanos de las luces de los coches que pasaban por la cercana carretera.

Muy despacio, De Vries se puso en pie, sin dejar de apuntarla. Ella tenía los cabellos alborotados, su pecho se agitaba fuertemente, sus ojos relucían, muy abiertos… Pero su voz, si bien jadeante, no demostró temor alguno:

—Está bien… —dijo—. Dispare ya, De Vries. Me está bien empleado, por…

—¿Disparar? —sonrió él—. ¿Acaso no te he hecho una oferta?

Ella se quedó mirándolo. No dijo nada.

—¿Aceptas o no?

—Entonces…, ¿es verdad?

—Es verdad. No hemos tenido nada que ver con la muerte de Henry, y sigo diciendo que si llevo una mujer como tú para ciertos trabajos, seré felicitado muy calurosamente.

—He matado a Karakis…

—Mala suerte… para él. Pero explicaremos eso. Además, ya te he dicho que hombres como él y como yo tenemos todos los que queremos, pero no mujeres como tú. ¿Por qué tendría que seguir engañándote? Me bastaría disparar, ¿no te parece?

—No puedo perder más de lo que he perdido ahora, si acepto, ¿verdad?

—Verdad —sonrió De Vries.

—¿Tendría que ir ahora mismo contigo?

—Sería un buen momento: no sé cuándo tendremos disponible otro de nuestros aviones.

—Está bien —ella vaciló visiblemente—. Pero quiero que me devuelvas mi pistola, De Vries.

La sonrisa de Armand De Vries brilló en la oscuridad, al estar de espaldas a la carretera. De pronto, tiró la pistola hacia Greta, que la tomó en el aire, guiada por el brillo metálico. Luego, se quedaron mirándose, fijamente, largamente. Por fin, ella asintió con la cabeza y se metió la pistolita en el escote.

—Haré lo que tú digas —susurró.

—Lo primero, ayudarme a colocar a Karakis en el portaequipajes. Cuando lleguemos al aeropuerto de Niza, dejaremos el coche con el cadáver dentro, y alguien se encargará del resto, mientras nosotros partimos hacia nuestro destino… Y una cosa: tendrás que resignarte a ver muy poco a tu hijo durante algún tiempo.

Greta Schafer inclinó la cabeza.

—Sé que él está bien atendido —dijo con voz temblorosa.

—¿Todo bien, entonces? ¿Todo?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—De acuerdo.

Sacaron del coche el cadáver de Demetrios Karakis, lo metieron en el maletero, y, mientras De Vries recogía su pistola del asiento de atrás, Greta se sentó delante, junto al asiento del conductor.

Cuando De Vries se sentó junto a ella, oyó un chasquido, y la miró vivamente. Ella tenía la pistolita en la mano, y sonrió al captar su mirada de alarma.

—Se había desprendido un poco el cargador, y lo he ajustado en su sitio.

—Deberás prescindir de esa pistola, o arreglarla. Las personas con las que vas a trabajar no admiten esa clase de estúpidos fallos.

Regresaron a la carretera, reanudando el corto viaje hacia Niza. De Vries, atento a la carretera, miraba de cuando en cuando de reojo a Greta Schafer, que parecía sumida en sombríos pensamientos. De pronto, ella también lo miró, y preguntó:

—¿Qué pasará con el dinero que tenía que cobrar Henry?

—Eso no puedo decidirlo yo —sonrió secamente—. Supongo que te gustaría quedártelo.

—¿No te parece que sería lo justo? Soy su viuda, y…

—Ya te he dicho que no puedo decidirlo yo… Pero, si de mí

dependiese, no pondría inconvenientes.

—Tú eres uno de los jefes de Henry. Creo que podrías…

—Lo intentaré. Eres muy hermosa, Greta.

Ella lo miró vivamente, como sobresaltada. Estuvo contemplándolo con fijeza hosca durante unos segundos. Luego, volvió a sumirse en sombrío silencio.

Finalmente, hacia las once, llegaron, ya a pie, después de dejar el coche a cargo de un hombre al que De Vries dio unas breves explicaciones, al avión comercial que debía llevárselos de Niza. En el fuselaje había unos caracteres árabes, y al verlos, Greta se volvió hacia De Vries.

—¿Adónde vamos ahora?

—A El Cairo.

—¿El Cairo? Eso significa que los egipcios no han sido ajenos a ese atentado en las Olimpíadas que vosotros habéis dirigido, supongo.

—Por mucho que pienses, no adivinarás la verdad. Y por mucho que preguntes, yo no te la diré. Sube.

Subieron ambos por la escalerilla que fue recogida inmediatamente, y la puerta cerrada. El hombre encargado de esto musitó algo junto al oído de De Vries, éste contestó en un murmullo, y el hombre miró hoscamente hacia Greta. De Vries le señaló las butacas reclinables, en número de seis, que ocupaban una pequeña zona delantera en el avión, y ambos fueron a sentarse, mientras el hombre iba a colocarse a los mandos, junto a otro.

Greta Henkel ocupó su asiento, frente a otros dos, y se quedó mirando a los hombres que lo ocupaban, los cuales, a su vez, la contemplaban con burlón descaro, muy expresivamente, recorriendo con la mirada sus formas, de arriba abajo, de abajo arriba…

—Son René Silvent y Cario Palermo —presentó De Vries—. Ella es Greta.

Los dos asintieron con la cabeza, sin dejar de mirarla de aquel modo tan groseramente expresivo. Ella ni siquiera les concedió más que la mirada imprescindible para hacer notar que había captado la presentación. De Vries se sentó a su lado, y segundos después el avión despegaba, rumbo a El Cairo.

Capítulo III

—Esto no es El Cairo —dijo, Greta, mirando por la ventanilla.

Armand De Vries, sonriente, dirigió una mirada al exterior, hacia el aeropuerto que ya se divisaba ante ellos.

—¿No? —se sorprendió, socarrón—. ¿Qué es, entonces?

—Es el aeropuerto de Yesikoy, de Istanbul.

—Deben haberse equivocado de ruta los pilotos. O quizá te estés equivocando tú.

Greta Schafer volvió a mirar hacia el aeropuerto, que destacaba claramente al todavía anaranjado sol de la mañana. Cuando aterrizasen, sería ya completamente de día, posiblemente, las ocho y pico… Y, desde luego, era Yesikoy. Estaban, pues, llegando a Istanbul, pero se abstuvo de hacer ningún otro comentario. Ni siquiera cuando, poco antes de aterrizar, divisó, en la neblinosa distancia, la ciudad de Istanbul, con sus numerosos minaretes, y captó el reflejo del sol en el mar de Mármara, sin duda alguna.

Silvent y Palermo habían fruncido el ceño al oír su afirmación sobre el inesperado destino, y la contemplaban un tanto sobresaltados, pero tampoco dijeron nada. Todos habían dormido durante el largo vuelo de mil ochocientos kilómetros a velocidad retenida para llegar a aquella hora, pero, mientras en los hombres se notaban claramente las señales del sueño mal conciliado, Greta Schafer aparecía tan fresca y hermosa como si hubiese pasado la noche de lo más confortable.

Efectivamente, a las ocho y cuarto, De Vries, Greta y los otros dos saltaban del avión y se alejaban decididamente por las pistas, hacia el estacionamiento de carga. Allá, sin vacilar, De Vries se dirigió hacia un coche junto al cual se veía a un turco tocado con un rojo *fez*, y al cual se dirigió De Vries en francés:

—¿Todo bien, Salim?

—Sí, señor.

—Vamos a casa, pronto. Pon esto en el maletero.

Salim pasó al volante, De Vries a su lado, y Greta, Silvent y Palermo ocuparon el asiento de atrás.

Llegaron a Istanbul por Floria Sahil Yolu, tomaron luego por el Bulevard de Ataturk, para cruzar el Cuerno de Oro por el puente de Ataturk, y luego siguieron por Istiklal, Cumhuriyet, Halaskargazi… Al llegar aquí se desviaron a la izquierda, penetrando en el distrito de Bomonti. A partir de aquí, la orientación era prácticamente imposible por aquellas callejas para quien no conociera perfectamente la ciudad.

Y finalmente entraron en un patio grande, lleno de palmeras y de flores, al fondo del cual había una gran casa blanca, de tejado rojo, con grandes porches delanteros, bajo los cuales detuvo Salim el coche. De Vries le hizo una seña hacia el maletero, y fue el primero en apearse, seguido inmediatamente por Palermo, Silvent y Greta Schafer. Había una gran puerta en forma de arco, abierta, y entraron los cuatro en la casa. De Vries señaló hacia la gran galería volante, y emprendieron la ascensión por un tramo de escalones de ladrillo rojo muy gastados. Arriba había varias habitaciones, y De Vries los distribuyó a los tres en otras tantas, indicándoles de modo tajante:

—Permaneced aquí hasta que os venga a buscar. No tenéis que salir absolutamente para nada. ¿Está claro?

Sin esperar respuesta, los dejó solos, regresando a la planta baja, que recorrió hasta llegar a una gran puerta. La abrió, entró y contempló el gran aposento vacío, con la cama deshecha. A un lado, desde otra puerta, llegaba rumor de agua. Entró en el enorme cuarto de baño y alzó una mano, en silencioso saludo al hombre que, en una bañera que más parecía una piscina de escaso fondo, se estaba bañando, envuelto en espuma de color rosado, que le llegaba sólo hasta la cintura. Y contemplando solamente aquel poderoso torso, era fácil hacerse una idea de las proporciones de aquel hombre gigantesco, pelado al cero, provisto de grandes bigotes… Podía parecer turco, pero, ciertamente, no lo era.

Fue él quien habló primero:

—De modo que salió mal, De Vries.

—¿Mal? Yo no diría eso. Cierto que nos mataron a algunos hombres, pero el atentado dio resultado. A nosotros no nos importa

perder unos cuantos hombres con tal de que nuestros clientes queden satisfechos con los resultados terroristas, ¿no es así?

—Por lo que he leído en los periódicos, no fueron demasiado listos.

—La Policía alemana les tendió una trampa. De todos modos, nosotros hicimos bien el trabajo. Como en otras ocasiones, teníamos solamente el deber de la dirección, y ahí no hubo fallo ninguno. Al menos, en el atentado. Si has leído los periódicos, sabrás que se cargaron un buen puñado de atletas israelíes, así que nuestro cliente tiene que estar contento forzosamente.

—Esperemos que sea así… ¿Y Karakis?

—Está muerto. Y también nos han matado a Henry Schafer. Pero fueron en complicaciones aparte del trabajo, Hugo.

Hugo Scarbole dejó de acariciarse con la rosada espuma y se quedó mirando fijamente a De Vries, con un destello cruel en sus negrísimos ojos.

—¿Complicaciones aparte? —susurró al fin—. ¿Qué clase de complicaciones?

—Bien… Verás, Karakis y yo estábamos esperando a Schafer en el «Hotel Lis», de Montecarlo, según lo acordado personalmente con él, pero…

Hugo Scarbole continuó acariciándose con la espuma mientras duró la explicación de De Vries. Cuando éste terminó, Scarbole se puso en pie, chorreando agua y espuma, y alargó una de sus enormes manos hacia la toalla que había en el borde de la bañera-piscina. Su estatura y corpulencia eran impresionantes, y De Vries se quedó mirándolo un poco asustado.

—No me gusta… —dijo Scarbole—. No me gusta esto… ¿Has podido comprobar todo lo que ha dicho esa mujer?

—Claro que no. Ya te digo que salimos inmediatamente…

—Entiendo que has traído a dos hombres más en este viaje.

—Sí. Ya te he dicho sus nombres. Son…

—Que la maten.

—¿Qué…?

—Que esos dos nuevos maten a la alemana.

—Pero Hugo…

—Ahora.

La puerta del aposento se abrió, y Greta Schafer se volvió, con gesto

interrogante, que se convirtió en sorprendido al no ver aparecer a Armand De Vries, sino a Silvent y Palermo, que la miraban sonrientes. Palermo cerró la puerta y amplió su sonrisa. Greta, sentada en el borde de la cama, los contempló con el ceño fruncido.

—¿Qué hacéis aquí? De Vries nos dijo que no saliésemos de nuestros cuartos hasta que…

—Si te portas bien —la interrumpió el sonriente Palermo—, tendrás una muerte dulce. No nos han dado prisa, así que podemos saborearte antes de eliminarte. A cambio de eso, de tu amabilidad, ¡zas! —Se pasó un dedo por la garganta—, todo terminará rápidamente para ti. ¿Lo has entendido?

La pregunta fue hecha por Palermo mientras sujetaba a la bella alemana por los cabellos, echando su cabeza hacia atrás, para dejar al descubierto su garganta dorada por el sol, por la cual pasó también un dedo, significativamente.

Acto seguido, sin más contemplaciones, la echó hacia atrás, sobre la cama, y se echó sobre ella, sepultándola con su peso y rodeándola con sus fuertes brazos…

—Acaba pronto —dijo Silvent—: todos tenemos nuestro turno con la bella Greta.

Palermo la besó en el cuello repetidamente, furiosamente, jadeando:

—Así me gusta: que seas dócil, que no compliques… ¡Agf!

Silvent no comprendió muy bien lo que había ocurrido. Le extrañó mucho el gemido de dolor de Palermo, porque parecía que empezaba a pasarlo muy bien. Cuando lo miró, sorprendido por aquel gemido, vio su rostro desencajado, sus ojos desorbitados, la boca crispada en aquel gesto de dolor, de muerte… Antes de que pudiese comprender nada, antes de que pudiese reaccionar, Greta Schafer se quitó de encima a Palermo, empujándolo con los pies fuera de la cama, a los pies de Silvent, que lo miró…

Debió mirar únicamente a Greta Schafer.

Y desde el principio.

Porque cuando la miró, ella ya tenía el brazo derecho alzado, sosteniendo con las puntas de tres dedos la ensangrentada daga.

René Silvent ya no pudo hacer nada: la daga, salpicando gotitas de sangre durante el corto trayecto, llegó a su garganta, y se hundió con toda facilidad, hasta el final de la hoja, con tal fuerza que

Silvent salió despedido hacia atrás, para caer de espaldas y quedar inmóvil.

Sí: así de sencillo.

Y todavía estaba cayendo Silvent cuando ya la pistolita de cachas de madreperla estaba en la mano de Greta, cuya mirada fue velozmente hacia la puerta… Pero la puerta no se abrió de nuevo, y, tras unos segundos de tensa espera, Greta bajó el arma, salió de la cama y fue a escuchar, pegando una orejita a la madera. Silencio. Luego, fue a mirar por la ventana que daba al gran patio, y, al verlo desierto, una dura mueca apareció en su deliciosa boquita sonrosada.

Regresó junto a Silvent, le arrancó la daga, la limpió con las ropas de la cama y volvió a colocársela pegada al muslo derecho. Sus movimientos eran rápidos, precisos, ágiles como los de la más silenciosa pantera.

Volvió junto a la ventana, pasó una pierna por encima del alféizar…, y su finísimo oído captó, por debajo de ella, la voz de Armand De Vries, y una respuesta de Salim, ambos ocultos por el tejadillo de la galería. Regresó inmediatamente al interior del aposento, fue hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo. El silencio era total en la gran casa, y no fue precisamente ella quien lo rompió al descender por los desgastados peldaños de rojos ladrillos.

Al llegar abajo, miró hacia la puerta, pero, naturalmente, Salim y De Vries debían continuar allí… Una seca sonrisa apareció en los labios de Greta Schafer. Una sonrisa desconcertante en una persona que se sabe en peligro de muerte.

Desvió la dirección de su marcha, recorrió un pasillo, vio algunas puertas, y su mirada azul quedó fija en la que se hallaba abierta. Siempre en el más completo silencio, llegó hasta allí, echó un vistazo a la vacía habitación que tenía la cama deshecha, y finalmente se quedó mirando hacia la puerta de la derecha. Se acercó sigilosamente, asomó un instante la cabeza y la retiró… En sus pupilas quedó como cristalizada la imagen de aquel enorme sujeto de la cabeza rapada, completamente desnudo, secándose lentamente con una gran toalla.

Luego, de pronto, se colocó en el umbral, alzando la mano armada con la pistolita. No dijo nada.

Pero Hugo Scarbole captó su presencia, alzó la cabeza y se

quedó mirándola, tras respingar fuertemente. De pronto, sonrió, y preguntó:

—¿Los ha matado? ¿A los dos?

—¿Quién más hay en la casa, además de De Vries y Salim? —preguntó ella, a su vez, también en francés.

—Nadie más.

—Póngase la toalla en la cintura, y vamos a donde tenga el dinero.

—De acuerdo.

Scarbole se colocó la toalla a la cintura y se dirigió hacia la puerta, de la cual se apartó Greta, cediéndole el paso. El colosal sujeto salió del cuarto de baño, tranquilo, sin apresuramientos ni nerviosismos. Caminaba tan pesadamente, tan despacio, que era imposible suponerle la más mínima agilidad…

Y, sin embargo, sí era ágil. Agilísimo. De pronto, saltó hacia atrás, sin volver la cabeza, sin mirar… Simplemente, en lugar de seguir caminando hacia delante, se impulsó hacia atrás, y toda su mole chocó con Greta Schafer, tan fuertemente que la derribó, y la aplastó al caerle encima, siempre de espaldas. Un aplastamiento tal, que Greta quedó conmocionada en el suelo, casi perdido el conocimiento, mientras Hugo Scarbole rodaba hacia un lado, quedaba de rodillas, recogía la pistolita de ella y se ponía en pie, con aquella sorprendente agilidad.

Se acercó a ella, apuntándola, sonriendo amablemente, y le propinó un suave puntapié en las costillas.

—Vamos, señora Schafer, póngase en pie para…

Hablaba demasiado, y, quizá, no era tan absolutamente ágil como él mismo debía creer. El hecho cierto fue que no tuvo tiempo de retirar el pie con el que había golpeado a la bella alemana, porque ambas manos de ésta lo asieron, dieron un tirón hacia sí y arriba, y Hugo Scarbole, lanzando un alarido, se alzó y cayó de espaldas y de cabeza, haciendo retemblar todo el embaldosado y, por supuesto, perdiendo a su vez la pistolita.

Todavía con la cabeza llena de puntitos luminosos de todos los colores, Scarbole se puso en pie vivamente y se abalanzó poco menos que a ciegas contra Greta, con los brazos abiertos, jadeando furiosamente. Su ataque fue tan rápido que Greta no tuvo la menor oportunidad de intentar recoger su pistolita. Pero, de lo que sí tuvo

oportunidad, fue de agacharse delante de Scarbole cuando éste llegó ante ella, de tal modo que el gigante cayó de vientre sobre sus hombros, en perfectísima postura para un *kata guruma* de judo. Pero levantar ciento cincuenta kilos, al parecer, no entraba en los cálculos rapidísimos de la peligrosa alemana, así que se limitó a empujar hacia un lado mientras con ambas manos asía uno de los enormes pies, reteniéndolo.

El resultado lógico fue que Scarbole cayó de lado, casi de espaldas, golpeando de nuevo su cabezota rapada contra el suelo, quedando demostrado así que cualquier masa, por grande que sea, es susceptible de ser manejada si se tiene la suficiente habilidad.

Habilidad y rapidez.

Cuando Scarbole se sentó, sacudiendo la cabeza, Greta Schafer estaba a cinco metros de él, acuclillada todavía, apuntándole de nuevo con la pistolita.

—Arriba, cerdo… —jadeó—. Vamos a por ese dinero. Y si te portas bien, te mataré sin hacerte sufrir. No soy desagradecida.

—Espere —movió él una mano—. No se precipite, como hizo con Karakis: podemos llegar a un acuerdo.

—Seguro que sí. Vamos a buscar el dinero, y verá cómo nos entenderemos bien… ¡Camine! Y si hace otro intento, le meto una bala en la nuca.

Hugo Scarbole se puso en pie.

—Llegaremos a un acuerdo —insistió—. Tarde o temprano, usted tenía que pasar por la prueba de la muerte. Nosotros no admitimos a quien no sabe defenderse, y creí… que lo que me había contado De Vries eran exageraciones. Está admitida, señora Schafer: le pagaremos lo mismo que a su marido.

—Es maravilloso… Camine hacia el dinero, cerdo. Ya. Sin una sola palabra más.

Scarbole se pasó la lengua por los labios. Estaba viendo la expresión de los ojos azules, y comprendió que no debía insistir, por el momento. Echó a andar, salieron del dormitorio, recorrieron el pasillo, cruzaron un pequeño patio interior y, finalmente, llegaron ante una puerta. La empujó y se volvió hacia Greta.

—Aquí trabajo yo… —susurró—. Y tengo algo de dinero en efectivo siempre.

—Póngase esto —le tiró de nuevo Greta la toalla—. No me gusta

su aspecto, cerdo.

—Me llamo Scarbole. Hugo Scarbole. Soy uno de los jefes de la…

—Luego me contará ese cuento. Entremos.

Entraron. Por el gran ventanal entraba mucha luz. Hugo Scarbole fue hacia la mesa, pasó detrás, y señaló la pared, donde se veía un gran pez disecado, colgado, adherido a un amplio marco de madera.

—La caja está detrás.

Scarbole apartó el pez y abrió la caja. Miró a Greta, que movió significativamente la pistola, y comenzó a sacar fajos de billetes, en especial dólares americanos, que fue dejando sobre la mesa. Por fin, se quedó mirando a la alemana.

—No hay más… Pero usted puede conseguir mucho, muchísimo más. Por favor, siéntese. Ahí tiene un sillón… Le aseguro que puedo convencerla. Aquí puede que haya, en total, unos veinte mil dólares… Yo puedo ofrecerle esa cantidad cada mes. Ya sé, ya sé —movió las manos en gesto de disculpa—. Le dije a De Vries que enviase a matarla, lo admito. No creí lo que él decía de usted… Pero ahora lo creo. Podemos emplearla magníficamente, señora Schafer. Y más, después de saber que usted se ha desembarazado tan rápidamente de dos sujetos que De Vries dijo que eran peligrosos… ¿No quiere escucharme?

—No. Meta ese dinero en un sobre, luego déjelo sobre la mesa, y finalmente vuélvase de espaldas.

—Va a cometer un gran error que le costará mucho dinero… Y entiendo que usted lo necesita. Le ruego, le suplico que se siente en ese sillón y que me escuche solamente un par de minutos.

—Lo que usted pueda decirme, ya me lo dijo De Vries. Así que…

—¡Ni mucho menos! —exclamó Scarbole—. De Vries está a mis órdenes, así que sabe mucho menos que yo. Mire, nosotros somos una organización muy… especial. Tenemos mucha gente trabajando para nosotros… ¿Recuerda usted el atentado en el aeropuerto de Lod, que llevaron a cabo tres japoneses?

—Recuerdo muy bien esa atrocidad. Queda uno con vida, y…

—Esos tres hombres fueron entrenados por nosotros. Y hay muchos más dispuestos a todo, como ellos. Tenemos un… campo de entrenamiento en cierto lugar, donde preparamos gente de esa

clase, que no vacilan ante nada. Unos, por dinero, otros por ideales, otros por conveniencias diversas… Cada uno de ellos es capaz de cualquier cosa, de todo, una vez han sido entrenados en nuestro campo secreto. Así, obtenemos gente especializada en asesinatos en masa, terroristas de la peor especie… En realidad, eso lo hacen también muchos países, tan secretamente como nosotros mismos: Rusia, Estados Unidos, Inglaterra, China… Muchos países adiestran terroristas, gente que no vacila ante nada. Esos países no nos necesitan casi nunca, ciertamente, pero otros países sí nos necesitan. Entonces, nosotros les… alquilamos los terroristas que piden… Casi siempre, son dirigentes de grupo, personal muy capacitado física e intelectualmente… Su marido era uno de ellos, ya se lo habrá dicho De Vries.

—No tan crudamente.

—Bien… Las cosas son lo que son, y a veces hay que mencionarlas por su nombre exacto. Nuestra organización ha prestado ya servicios a diversos países, generalmente pequeños, cuyos guerrilleros o terroristas dejan mucho que desear. Entonces, nos alquilan los nuestros, o, más generalmente, como le digo, nos alquilan un par de dirigentes de grupo, que lo disponen todo, dan las órdenes y esperan en la sombra el resultado del acto de terrorismo, el sabotaje, el atentado político. Esta clase de personal es la que más nos interesa en la organización…, y usted encaja perfectamente, ya que, por supuesto, me ha convencido sobre su… eficacia.

—Según entiendo, yo sería entrenada para matar.

—Más o menos. Digamos que la… perfeccionaríamos.

—Es decir, que tendría que matar mujeres, niños…

—No, no. ¡De ninguna manera! Ya le digo que eso lo hace cualquiera… Sus trabajos serían mucho más importantes, menos desagradables, pero mucho mejor pagados. Un cerebro respaldado por las condiciones físicas de usted, bien vale un excelente sueldo.

Greta Schafer entornó los ojos.

—¿Ha dicho veinte mil dólares al mes? —vaciló visiblemente.

—Eso he dicho.

—¿Cómo sé que cumplirían lo que…?

—¿Alguna vez dejó de enviarle dinero su marido? —cortó Scarbole.

Greta vaciló aún más. Movió la cabeza, dudó… Por fin, se sentó en el sillón indicado por Scarbole, aunque sin dejar de apuntarle con la pistola.

—¿Dónde sería entrenada y qué clase de entrenamiento sería ése?

—Bueno, eso no es cosa que…

Mientras hablaba, Hugo Scarbole se había apoyado en el borde de la mesa… Y de pronto, el sillón que ocupaba Greta Schafer desapareció, hacia abajo, descolgándose sobre los goznes de la plataforma a la cual estaba clavado, y descargando a Greta, para volver inmediatamente a su posición normal en el despacho de Scarbole…, mientras, tres metros más abajo, la alemana chocaba tan duramente contra el suelo que perdió instantáneamente el sentido. Y a la oscuridad ya existente en el hermético sótano, se sumó la de su cerebro.

Oscuridad absoluta.

Capítulo IV

La oscuridad se fue disipando lentamente, lentamente, lentamente… Y de la negrura absoluta, Greta Schafer pasó a la blancura absoluta.

Sí.

Tenía sobre ella un techo blanco.

—Todo va bien —oyó a su lado—. Estás viva y has sido aceptada por Scarbole. Sólo queda el último paso, Greta.

Volvió la cabeza hacia su derecha y vio a Armand De Vries, mirándola atentamente, un tanto sombrío el gesto. Parpadeó, se incorporó en la litera, y entonces se dio cuenta de que estaba cubierta únicamente con una sábana. No llevaba nada más. Comprobado esto, volvió a mirar a De Vries, que inclinó la cabeza.

—No pude evitarlo —susurró.

—¿A qué te refieres? —pudo musitar ella.

—A lo que Scarbole hizo contigo mientras dormías.

El rostro de Greta quedó casi tan blanco como el techo.

—¿Mientras… dormía?

—Sí.

Sosteniendo la sábana a la altura de su barbilla, sentada en la litera, ella lo miraba, siempre fijamente, como si no acabase de comprender.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Te recogimos sin sentido en la trampa del sillón. Por fortuna, no te rompiste ningún hueso, y eso ya es suerte… Luego, Scarbole te inyectó un somnífero de larga duración, y te trajimos a este barco en avión… Durante el vuelo fue cuando él lo hizo. Es mejor que no te hayas dado cuenta, que no puedas recordarlo.

Greta se pasó la lengua por los labios. Luego, asintió con la cabeza.

—Está bien… Sí, es mejor que no pueda recordar eso… ¿Dónde estamos ahora exactamente?

—En el mar Rojo. Estamos navegando hacia el Sur… Mañana cruzaremos el estrecho de Bab El Mandeb, y luego llegaremos a Aden, donde tomaremos otro avión comercial que nos llevará al destino definitivo. Yo te acompaño para cuidarte.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Scarbole ha considerado que puedes resultar muy útil. De otro modo, te habría matado salvajemente. Es una bestia inmunda. Pero sabe hacer muy buenas elecciones… de personal. Asegura que serás un gran elemento dentro de «Time».

—¿«Time»?

—Es el nombre de nuestra organización.

—Ah… Curioso nombre. ¿Qué pasaría si yo matase a Scarbole?

—¿Estás loca? —Respingó De Vries.

—No me gusta lo que ha hecho conmigo.

—Olvídalo… Créeme, olvídalo: Hugo Scarbole es poco menos que el segundo jefe mundial de la «Time». Por supuesto, es el jefe que dirige directamente las operaciones en Europa y África. Si lo matases, «Time» no te lo perdonaría. No es lo mismo matar a Karakis que a un elemento tan valioso como Scarbole.

—¿Y si te matase a ti?

De Vries sonrió prietamente.

—Ya te dije que hombres como Karakis y como yo hay muchos. No tendría importancia para «Time», habida cuenta de que, según se ha convencido Scarbole, tú podrás ser uno de los más eficaces y sorprendentes elementos de la organización… Scarbole espera mucho de ti. Y está convencido de que «Time» dará su aprobación absoluta. Son grandes amigos.

—No entiendo muy bien esto… ¿Estás dando a entender que hay alguien que se llama «Time», además de la organización?

—Sí, claro: el jefe supremo se hace llamar así.

—Entiendo. ¿Y quién es el jefe supremo?

—Nadie sabe quién es «Time», salvo dos o tres grandes jefes. Y dudo mucho que te lo digan. Ni a ti ni a nadie, aunque los hiciesen pedazos.

—Está bien… ¿Cuál es nuestro destino?

—Aden.

—Me refiero al destino final.

—Tienes que convencerte de que, dentro de «Time», yo soy

solamente un pobre diablo que hasta ahora, prácticamente, sólo ha hecho trabajos en Europa. El avión, como otras veces, nos llevará a un sitio, y eso será todo. Un sitio donde se entrena al personal… Tendrás que conocer a Palabalu —acabó, estremeciéndose.

—¿Quién es Palabalu?

—El jefe del campo de entrenamiento… La bestia más grande que puedas imaginarte. Creo que es javanés… ¿Has visto a Hugo Scarbole? Bueno, pues es poco menos que un enano comparado con Palabalu.

—¿Tú lo conoces?

—Claro; tuve que pasar por el campo de entrenamiento, como todos… Ten mucho cuidado con él. Querrá hacerte lo mismo que Scarbole en cuanto te vea. Y no le importará que estés dormida, despierta, y que tú quieras o no quieras… Ten mucho cuidado. Y sobre todo, sé dócil. Palabalu no admite la menor discusión sobre su autoridad… en todos los órdenes. Cualquier cosa que él diga, tiene que ser realizada.

—Pero… ¿con qué clase de gente estamos tratando? ¿Cómo es posible que Henry aceptase trabajar en un grupo así?

—Vamos, no te escandalices… Henry Schafer, como yo mismo, como todos los que trabajamos para «Time», somos carne de horca, Greta. Incluso tú, que pareces una dulce muchacha, has matado desde que te conozco a tres hombres. No eres precisamente un angelito, ¿no te parece?

—No quiero nada con «Time», no quiero nada con vosotros. Quiero marcharme, regresar a Europa.

—Eso es ya completamente imposible. Será mejor que te vayas haciendo a la idea de que ya no te perteneces a ti misma. Conoces a Scarbole… No. Ya no puedes retroceder. No durarías viva ni siquiera una semana.

—¿Aunque contase con tu ayuda?

—¿Mi ayuda? —De Vries se echó a reír ásperamente—. Veo que no lo entiendes, Greta. Yo no soy nada… ¿Tú has visto en las películas esas trampas en la que desciende el techo lleno de puntas de lanzas hacia la víctima, que se va encogiendo en el suelo…, pero que finalmente queda clavado, triturado, entre las puntas de lanza? Pues imagínate que yo soy simplemente una de esas puntas de lanza… ¿Qué podría hacer, aunque quisiera? Aunque quitásemos

una punta de lanza a ese techo que desciende sobre la víctima, todo sería lo mismo. No puedes contar conmigo para nada… Salvo para consolarte, si lo precisas.

—¿Qué clase de consuelo?

—Bien… —De Vries parpadeó lentamente—. Digamos que una mujer siempre se siente más segura si sabe que dispone de un hombre en el cual puede… confiar. Por mi parte, no tendría ningún inconveniente en ser tu apoyo… moral.

—¿Y por qué harías eso por mí?

De Vries alargó una mano, asió la sábana y la bajó, de golpe, arrancándola de entre los deditos de Greta. Suspiró profundamente y se inclinó sobre ella, buscando la boca femenina con la suya.

—Eres una mujer por la que un hombre haría… cualquier cosa. Y yo…

La boca de De Vries casi rozó la de Greta cuando ésta ladeó la cabeza. Los ardientes labios del hombre cayeron como una brasa en un lado del cuello. Mascullό algo y se tendió junto a ella intentando de nuevo besarla en la boca, pero Greta se zafó de modo sorprendente y salió de la litera, llevándose la sábana. De pie ante De Vries, se quedó mirándolo amargamente, mientras él se sentaba en el borde de la litera, llameantes los ojos.

—¿Ni siquiera sabes esperar? —susurró—. ¿Ni siquiera tenéis el menor sentimiento? No hace ni una semana, el hombre que era mi marido murió en mis brazos, y ahora, primero Scarbole y luego tú sólo pensáis en…

—Si hubiese querido hacerlo como Scarbole, habría podido. Te he estado contemplando dormida durante más de tres horas… Pero yo no soy Scarbole.

—Lo sé… —Ella inclinó la cabeza—. Armand, sé lo que quieres, lo que sientes… Pero tienes que comprenderme a mí. Dame tiempo, deja solamente que me serene, que vuelva a ser yo misma. He sido siempre una mujer con gran fortaleza, pero… quizá el tiempo va pasando, y, sin darme cuenta, voy perdiendo fuerzas… Sólo te pido que esperes. Dame tiempo.

De Vries se puso en pie, se acercó a ella y la tomó por los hombros.

—De acuerdo —dijo roncamente—. Esperaré hasta que tú te sientas mejor. Ahí tienes tus cosas. Puedes vestirte, pero no salgas

del camarote, en ningún momento, por ningún motivo.

—Sí, Armand.

Él vaciló, pero acabó por atraerla, despacio, un tanto indeciso. Pero Greta Schafer cerró los ojos y le ofreció los labios, sencillamente.

El avión comercial que habían abordado en Aden, y que había efectuado dos escalas desconocidas durante el largo vuelo, terminó al fin su cometido con respecto a ellos. Los dejó en un aeropuerto que Greta Schafer no pudo identificar, pues la llegada se realizó durante la noche, y no tuvo tiempo de buscar elementos de identificación.

En seguida, ella y Armand De Vries subieron a una camioneta que les esperaba, pero no antes de que la alemana pudiera dirigir un vistazo a la matrícula. Y la matrícula sí fue un elemento identificativo: estaban en Singapur. O Singapore. Lo mismo daba. O, al menos, la matrícula de la camioneta así parecía indicarlo.

La camioneta los llevó durante poco más de quince minutos, hasta la costa. A la derecha de la marcha se veían, no demasiado lejos, las luces de una ciudad grande. ¿Realmente era Singapore? Si así era, la pequeña localidad cerca de la cual se apearon de la camioneta sólo podía ser Siglap, o quizá Bedok… Lo cierto era que cerca de la playa se veían cabañas de troncos y tejado de palmas, y que, reflejando las luces de la gran ciudad, se veían en el mar algunos pequeños sampanes de grandes velas…

—Vamos —dijo el malayo que había conducido la camioneta.

Fueron costa arriba, y al llegar a determinado punto, el malayo encendió la linterna por tres veces seguidas, y luego una sola vez, más prolongada. De entre las rocas apareció una lancha, que se acercó a ellos. A los mandos había un hombre, y junto a éste, otro, que llevaba una metralleta colgando del cuello.

—De Vries —se presentó éste—. Ella es Greta Schafer.

—Los estábamos esperando —replicó en inglés el hombre de la metralleta—: se recibió comunicación de su llegada. En marcha.

Subieron a la lancha, y el malayo que la gobernaba, tras un leve saludo al de la camioneta, puso en marcha el motor, dejando a un lado el pequeño canalete. El hombre de la metralleta no era malayo, ciertamente. Era blanco, y tanto por su aspecto como por su modo de hablar el inglés, su nacionalidad sólo podía ser inglesa.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó cortésmente.

—Bien —musitó De Vries.

—Sin contratiempos, supongo.

—Ninguno.

Greta miraba hacia la ciudad, a la cual se iban acercando. Contempló la bahía iluminada… ¿Kallang, quizá? Toda la costa estaba llena de luces. Un gran transbordador, blanquísimo, estaba llegando a aquella ciudad. Luego, aparecieron dos islas, casi juntas, perfectamente visibles a la luz de las estrellas… Bram y Blakang Mati… Seguro: estaban en Singapore. Es decir, muy cerca, por el momento.

Pero la lancha se fue alejando cada vez más de Singapur, dejándola completamente a sus espaldas. Conclusión obvia: habían dejado atrás el estrecho de Singapore y estaban navegando ahora por el de Malaca, lleno de islas…

Y, de pronto, la lancha se dirigió directamente hacia una de aquellas pequeñas islas, paró el motor cuando estuvo muy cerca, y acabó llegando silenciosamente a una pequeña playa abarrotada de palmeras. Por fin, tocó fondo, y quedó inmóvil. El silencio era total… Y los dos hombres que aparecieron de entre las palmeras, cada uno portando una metralleta como la del inglés, no hicieron el menor ruido, salvo el crujir de la arena, cuando se acercaron a ellos. Sus cabezas estaban cubiertas por cónicos sombreros malayos de paja.

—Matthews —dijo el inglés.

No fue necesario nada más. Se volvió, tendiendo una mano a Greta, y la ayudó a saltar a la arena sin mojarse los pies. Luego, sin soltarle la mano, comenzó a caminar hacia las palmeras. Y sólo a medida que se iba acercando, comenzó Greta Schafer a distinguir entre ellas el pequeño poblado malayo, con olor a pescado. Un olor que percibió cuando se produjo un momentáneo cambio en la dirección del viento.

Oyó el gruñido de Matthews, y su comentario:

—Es lo que menos me gusta de este lugar: el maldito olor a pescado.

—¿Dónde estamos?

—En un poblado de pescadores malayos —dijo él, como si le sorprendiese la pregunta—. ¿Dónde, si no?

—Pero… ¿qué hacemos aquí?

—Es el campo de entrenamiento —dijo De Vries.

—¿Quieres decir que tendré que permanecer aquí días, o semanas…?

—O meses… —rió Matthews—. Depende de lo rápidamente que aprendas. Cuidado, por ahí hay tendederos para secar el pescado… Por aquí. Ocuparéis los dos la misma choza, por esta noche. Mañana ya veremos qué dice Palabalu.

—¿No está aquí ahora? —se interesó De Vries.

—No. Recibió el informe de vuestra llegada, dejó instrucciones a toda prisa, y se fue. Volverá mañana, según entiendo.

—¿Y cómo recibió el informe de nuestra llegada? —preguntó Greta.

—Por radio, naturalmente.

—¿Hay radio en este… lugar?

Matthews se echó a reír. Llegaron ante una choza, tomó un brazo de Greta, y dijo:

—Cuidado: hay tres escalones más viejos que el mundo, y pueden romperse en cualquier momento. Eso es… No encendáis ninguna luz. Se supone que este lugar es un miserable poblado de misérrimos pescadores, y que no hay la menor comodidad. Durante el día, pueden hacerse muchas cosas, pero de noche hay que ser precavido… ¿Te encargas ya de ella, De Vries?

—Sí, sí.

—De acuerdo. Hasta mañana, entonces —Matthews volvió a reír, y dio una grosera palmada a Greta atrás—. Dicen que eres estupenda, pero tendré que esperar a mañana para verte bien. Sé bien venida al campo de entrenamiento de «Time».

El sol, rojo, apareció bruscamente por encima del mar, y pareció sumergir la isla en un baño de sangre. Desde una de las ventanas sin postigos, de pie, Greta Schafer los vio salir, con los ojos entornados y una extraña sonrisa en los labios. Luego, volvió a mirar las demás cosas: algunos pequeños pesqueros situados al otro lado de la pequeña playa, y que al llegar no había podido ver; las demás chozas; los tendederos de pescado, abarrotados; la choza mayor, en el extremo del poblado y casi metida en el mar, rodeada de palmeras…

Los cuatro malayos, llevando cada uno un largo machete,

aparecieron de pronto por entre aquellas palmeras, caminando con decisión, formando un rectángulo perfecto, dos delante y dos detrás. En la quietud del amanecer, por entre el rumor del mar en la arena de la sucia playa, el arrastrar de sus pies se oyó claramente cuando cruzaron la explanada. Greta lo comprendió en seguida: se dirigían hacia la zona que ocupaban ella y De Vries.

Se acercó a éste, que dormía sobre un par de esterillas de paja, y lo sacudió por un hombro.

—Armand —susurró.

Él se sentó inmediatamente, abriendo mucho los ojos, sobresaltado.

—¿Qué ocurre?

—Vienen cuatro hombres, con machetes. Han salido de la choza grande…

El sueño desapareció bruscamente de los ojos de Armand De Vries.

—Palabalu ha llegado durante la noche. Vienen a buscarte.

Ella asintió con la cabeza y volvió a la ventana. De Vries se colocó a su lado y los dos contemplaron la llegada de los cuatro malayos. Uno de ellos se detuvo más cerca que los demás, al pie de la ventana, y señaló a Greta.

—Tú vienes —señaló a De Vries—. Tú no.

Greta Schafer no vaciló. Salió de la choza, quedó entre los cuatro malayos, y éstos emprendieron el regreso hacia la choza grande. Cruzaron por entre las palmeras, en las cuales se oían los cantos de algunos pájaros, y llegaron a la entrada de la casa, que tenía una gran veranda. Subieron, cruzaron el umbral, siguieron rectos, y desembocaron en una gran sala sin techo.

Allí estaba Palabalu, sentado en una enorme, enorme silla hecha de cañas de bambú, seguramente a su medida. Sólo podía ser Palabalu, y, desde luego, Hugo Scarbole se quedaba diminuto a su lado. Cuando, tras una última ojeada a una pequeña libreta que tenía en una mano, se puse en pie. Greta Schafer casi lanzó un grito de espanto: aquel hombre, macizo, fortísimo, debía medir por lo menos dos metros y veinte centímetros.

La señaló de pronto, con un dedo que parecía una banana, y dijo:

—Desnúdate.

Greta entornó un instante los ojos.

—No —replicó.

—¿Cómo?

—No.

Palabalu tenía la cabeza enorme, la boca gigantesca, las orejas grandiosas, destacando en su calva cabezota. Y los ojos de un negror absoluto, terribles, gélidos… No hubo la menor alteración en sus rasgos al oír el segundo «no». Simplemente, miró a los cuatro malayos, y dijo:

—Desnudadla.

Los malayos dejaron sus machetes cerca de la pared, y, completamente inexpresivos, se fueron acercando a la alemana, desde cuatro puntos diferentes, rodeándola. Palabalu se había vuelto a sentar, con la expresión de quien se dispone a presenciar un espectáculo más bien aburrido.

Greta Schafer permanecía inmóvil, esperando, sin volver la cabeza, sin ponerse en guardia. Simplemente, esperaba. Cuando el malayo que se acercaba de frente a ella estuvo a menos de dos metros, su reacción fue de auténtica sorpresa: se volvió hacia los de su espalda como un relámpago, disparó su pie derecho entre las ingles de uno, que cayó fulminado, sin un gemido siquiera, y acto seguido, tras un velocísimo desplazamiento de costado, lanzó su mano izquierda, a media altura, con la palma hacia arriba y el pulgar escondido, hacia el otro malayo… Las puntas de sus dedos, rígidos, se hundieron como en mantequilla justo bajo el esternón del malayo, que quedó de un color blanco sucio, retrocedió un paso y cayó hacia atrás, desorbitados los ojos.

Sin alterarse, Greta Schafer se había vuelto ya hacia los otros, y vio venir al primero con tiempo al parecer más que sobrado para darle una adecuada réplica a su ataque: apartó el brazo derecho del malayo con el suyo izquierdo, giró, sujetando aquel brazo, y su derecho pasó por la cintura del malayo, sujetándolo. Luego, simplemente, y siempre erguida, giró hacia la izquierda, efectuando a la perfección el segundo movimiento de la primera *kata* de judo, con lo que el malayo cayó a sus pies completamente de espaldas, rebotó, rodó y quedó inmóvil…, mientras el cuarto malayo caía sobre la espalda de Greta y su brazo derecho le rodeaba la garganta…

La reacción de la sorprendente alemana ocasionó un fugaz gesto de asombro en Palabalu, no pudo evitarlo: ella aceptó la presa en el cuello, se inclinó hacia delante soportando el fortísimo dogal, y, de pronto, se impulsó con las piernas, bajando aún más la cabeza… El resultado fue que giró en el aire con el malayo agarrado a su espalda, de tal modo que fue el malayo el que cayó al suelo de espaldas, con ella en encima.

El trastazo y el peso de Greta sobre él le hicieron soltar la presa, y, cuando quiso darse cuenta, ella estaba de pie a su lado, dispuesta a partirle la cabeza de un puntapié…

—Basta —dijo Palabalu.

El pie de Greta Schafer quedó en el aire un instante; luego, lo puso en el suelo, y se volvió hacia el enorme malayo, impávida. No dijo ni una sola palabra.

Palabalu la estuvo mirando largamente. Muy largamente, de nuevo inexpresivo su rostro. El cuarto malayo se había puesto en pie, y también el segundo. Palabalu hizo una seña, cada uno de estos malayos cargó con uno de sus compañeros, y en pocos segundos Greta y él quedaron solos en la gran estancia sin techo.

—Pasarás directamente al quinto grupo —dijo Palabalu—. Acércate.

—¿Vestida o desnuda? —preguntó Greta.

Un destello brillante, como divertido, pasó por los negrísimos ojos del enorme malayo.

—Habrá tiempo para todo. De momento, esta misma mañana empezarás tus entrenamientos con el grupo quinto… ¿Esta eres tú, realmente?

Extrañada, Greta se acercó, y tomó la libreta que le tendía Palabalu. Allá, con pequeñas notas tomadas en inglés, se aseguraba que, efectivamente, Henry Schafer había sido encontrado muerto en la orilla del lago Constanza, en el lugar que Greta Schafer había indicado a De Vries durante el viaje en barco. También, en cierto lugar de cierta ciudad alemana, se había comprobado que una mujer llamada Greta Henkel había estado viviendo allí con un niño pequeño, y que hacía varios días faltaba de su domicilio. Ni la menor noticia sobre el paradero del niño…

Pero, lo que sorprendió en verdad a Greta, y no le gustó, fue contemplarse a sí misma, desnuda, tendida sobre una cama,

fotografiada magníficamente… por Hugo Scarbole, evidentemente.

—Sí, desde luego, soy yo. ¿Puedo quedármela?

Los ojos de Palabalu lanzaron otro brillante destello.

—No. La voy a conservar, hasta que llegue el momento de contemplar el original —le arrebató la libreta con la fotografía—. ¿Cuántos idiomas hablas?

—Alemán, francés, inglés y algo de español.

—¿Estás fichada por alguna Policía?

—No.

—Sabemos ya que utilizas muy bien el cuchillo, y que sueles llevar una pistolita. ¿Qué más armas sabes manejar?

—Cualquier arma.

—¿Estás segura?

Greta Schafer sonrió secamente y no contestó. Palabalu también sonrió.

—Por lo que he visto, no tienes gran cosa que aprender en judo y karate… ¿Qué clase de aparatos sabes conducir?

—Todos.

Pareció que Palabalu fuese a echarse a reír.

—¿Qué es lo que más temor te causa? —siguió apuntando en la pequeña libreta.

—Nada.

—¿No tienes temor a nada?

—No.

—¿Ni siquiera a mí?

—No.

—¿Cuál es tu coeficiente mental?

—Muy superior al normal. Yo diría que superior al normalmente superior. Lo que significa que puedo aprenderlo todo y comprenderlo todo… ¿Qué le pasa a usted? —acabó refunfuñando—. ¿Aún no se ha enterado de que antes de tener a mi hijo yo acompañaba a mi marido en asuntos cuya envergadura…?

—Acércate más y háblame en francés. Dime exactamente hasta dónde estás dispuesta a llegar en este trabajo… En francés.

Greta se acercó más, hablando en francés:

—Lo que yo esté dispuesta a hacer, será lo que…

Demasiado tarde.

Demasiado tarde captó el movimiento de la mano derecha de

Palabalu, que cayó sobre ella, sobre su cabeza, como si fuese una enorme roca.

Cuando recuperó el conocimiento, se encontró atada a un poste clavado verticalmente en el suelo de una pequeña habitación sin ventanas. Delante de ella estaba Palabalu, sosteniendo sus ropas, que entonces dejó caer al suelo.

—A mí —dijo fríamente— no me desobedece nadie. Estarás así, sin comer ni beber, durante dos días. Cuarenta y ocho horas exactamente. Al tercer día, te soltaré, y empezarás tus entrenamientos… Una semana más tarde, es posible que te asignemos un trabajo que hace tiempo no sabemos cómo enfocar. ¿Algo que decir?

—Sí: ¡*schweinehund*[1]!

Palabalu parpadeó y salió del cuarto, en silencio.

Capítulo V

Solamente cinco días más tarde, Greta Schafer compareció ante Palabalu. Con éste se hallaban Armand De Vries, Matthews, dos hombres blancos más a los que no había visto hasta entonces, y el chino Sang Tai, el más repugnante criminal jamás nacido. Aunque los demás no eran mucho mejores…

En sólo tres días de entrenamiento. Greta Schafer se había dado cuenta de que jamás nadie podría creerla si contaba lo que allí se enseñaba y se aprendía. En sólo setenta y dos horas que habían transcurrido desde que dos malayos fueron a soltarla en ausencia de Palabalu, que no había regresado hasta aquella mañana, lo que había visto, lo que había oído, lo que le habían dicho que debía aprender y lo que todos aprendían, era algo que ningún ser humano normal podía admitir como existente en el planeta Tierra: desde degollar por detrás a una persona, a colocarle una carga de explosivo en un corte practicado en el vientre para que, tras la explosión, no quedase ni el más pequeño pedazo identificable del cadáver; desde colocar una bomba en un avión, a disparar toda una carga de metralleta contra un grupo de siluetas móviles que representaban un grupo de personas; desde hacer descarrilar un tren a sabotear la más grande instalación petrolífera que pudiese imaginarse…

Horror tras horror, Greta Schafer llevaba tres días seguidos. Tres días escuchando a criminales de la peor especie, que hablaban de vidas y de muertes no ya con indiferencia, sino incluso con fruición, con diversión. Había blancos, chinos, malayos, hindúes… El peor de todos, absolutamente el peor, era Sang Tai, pero después, quizá sorprendentemente, eran los blancos, que hacían gala de una maldad refocilada capaz de estremecer de espanto a una roca. Con impaciencia, cada uno de ellos esperaba el momento de recibir su aprobación en el quinto grupo, lo cual significaría que estarían

listos para ser enviados a cometer cualquiera de las espeluznantes canalladas que alguien pagaba a la organización «Time»…

La organización «Time»… Sí, estaba en aquel pequeño islote del estrecho de Malaca, con Singapur a la vista en los días claros. Allá, en el islote donde había auténticos pescadores que daban verosimilitud a la existencia del poblado, pero que, desde luego, eran parte integrante de la organización, y que se entrenaban cuando no tenían jornada de pesca… Allí, donde cerca de la playa jugaban algunos niños y algunas mujeres se dedicaban a remendar redes, o a poner a secar el pescado después de limpiarlo… En una islita que recibía todo el día el sol, que tenía hermosas y pequeñas playas, que estaba llena de palmeras, estaba la organización «Time», la más siniestra que pudiera buscarse, porque no era una organización política, ni patriótica, ni guerrillera, sino un montón de asesinos que siempre estarían dispuestos a todo a cambio de dinero. De dinero únicamente…

Armand De Vries, que llevaba tres días sumido en una especie de estupor al ver cómo Greta lo soportaba todo sin que pareciese afectada en lo más mínimo, se apresuró a ponerse en pie, acercándole su silla.

—Siéntate… Palabalu tiene algo que decirte.

Ella miró a Palabalu y a los demás. No le gustaba el modo en que la miraban todos aquellos hombres… A ninguna mujer podía gustarle esa clase de miradas. Pero ella lo soportaba todo, impávida. Incluso la más repugnante de aquellas miradas, la de Sang Tai, cuyos ojos parecían llenarse de agua cuando la miraba…

—Creo que te hablé de un pequeño trabajo que no sabíamos cómo enfocar —dijo Palabalu—. Ahora, después de todo lo que me están contando de ti, quizá ha llegado el momento de llevarlo a cabo.

Ella asintió, con un gesto. Notaba las miradas de todos los hombres fijas en ella… Después de aquellos horribles cinco días, seguía igual de hermosa, de limpia, de fresca… Una mujer normal no habría resistido allí ni cinco minutos. Ella llevaba cinco días, y parecía como si se hallase en un confortable hotel rodeada de buenos, amables, educados, correctísimos amigos… Corrección que se debía, según pensaba Greta, a dos motivos. El primero, que cuando el hindú Rajmah intentó pasar con ella la segunda noche de

libertad, le había roto dos dientes de un puntapié, y lo habría degollado si no hubiese aparecido De Vries, que, ciertamente, parecía estar siempre revoloteando cerca de ella. Eso fue un freno para todos los demás. Pero, al mismo tiempo, de alguna parte pareció llegar una orden por la que la alemana no debía ser molestada con ninguna exigencia masculina de índole… privada. Y la orden, así como los dientes rotos de Rajmah y la señal del cuchillo en su cuello, habían sido suficientes…

—¿De qué se trata?

Palabalu abrió el gran sobre que tenía ante él sobre la mesa, y sacó unas cuantas fotografías, que tendió a Greta. Ésta las tomó, y las fue pasando, contemplando el rostro de aquel hombre, en varias distancias y perfiles. Era rubio, de ojos claros e inteligentes, mirada noble, frente despejada… Debía tener alrededor de cincuenta años; quizá un par menos. Todo en él rebosaba inteligencia y nobleza.

—Parece un aristócrata inglés —murmuró, por fin.

—Eso es tener buen ojo —comentó Matthews, siempre con aquella siniestra sonrisa en los labios.

—Lo es —asintió Palabalu—. Es el tercer hijo de un *sir* inglés. Se llama Ernest Randall-Simmons, y es el solterón más codiciado en el selecto grupo británico residente en Singapore… Es muy rico: plantaciones de caucho, alguna industria, una pequeña flota pesquera, consejero del Singapore Bank… Muy rico. Vive en una lujosa mansión, naturalmente, en Victoria Avenue. Es un hombre de sólidos principios, muy… inglés, terco y soberbio. Por supuesto, juega al golf, tiene su club privado, un yate…

—¿Tengo que matarlo?

—No —sonrió Palabalu—: solamente enamorarlo.

—¿Cómo?

—Enamorarlo. Volverlo loco de amor.

Greta dirigió una mirada a De Vries, que había bajado la suya al suelo, sombrío.

—¿Para qué? —preguntó.

—Porque yo lo digo. Porque «Time» lo dice, Greta. Y no estás autorizada a hacer más preguntas. Todo lo que tienes que hacer es ir a Singapore, entrar en contacto con Ernest Randall-Simmons y conseguir que él te introduzca en su selecto círculo.

—¿A mí? ¿Es una broma? —rió ella acremente—. Conozco muy

bien a los ingleses, Palabalu: puede que consiga… enamorar a este hombre, y que me ponga un apartamento… Cosas así. Pero de ninguna manera él consentiría en presentarme a sus amistades, en introducirme en su grupo… Vamos. Es un inglés, usted mismo lo ha dicho…, y eso lo define todo.

—Todo el plan está basado en eso —insistió Palabalu—. Consíguelo, y luego nosotros te diremos lo que sigue.

—Veamos, veamos… Pretender que un inglés de la clase de Randall-Simmons introduzca en su círculo a una alemana que…

—No eres alemana, sino inglesa. Una inglesa que ha pasado mucho tiempo en Estados Unidos, que reside allí, y que ahora está realizando un viaje de placer, una vuelta al mundo. Tienes que estudiarte bien todo esto —Palabalu sacó del sobre varios papeles, un pasaporte, fotografías pequeñas—. Aquí está montada toda la mentira de tu vida. Cuando lo hayas aprendido bien, Katu te llevará a Kuala Lumpur, donde comprarás todo lo que consideres necesario… Él estará contigo en todo momento. Una vez comprado todo, te instalas en el mejor hotel de Kuala Lumpur, diciendo que eres Margaret Waterwood, inglesa, que estabas dando la vuelta al mundo en el yate de unos amigos, pero que te has cansado ya, y que deseas volver a casa. Desde Kuala Lumpur, una vez bien sentado esto en el hotel donde te alojes un par de días, tomarás un avión hasta Singapore. Aquí, en Singapore, te alojas también en uno de los mejores hoteles, y comienzas a interesarte por un vuelo adecuado hasta Hong Kong, desde donde piensas regresar, asimismo por avión, a Estados Unidos… Todo está bien explicado en estos papeles. Incluso dónde, cómo y cuándo puedes… «tropezarte» con Ernest Randall-Simmons. Convendría que no tardases demasiado en imponerte en tu papel… ¿Te bastarán dos días para…?

—Dos horas —cortó Greta.

Palabalu ladeó la cabeza.

—¿Dos horas para aprenderlo todo bien?

—Quizá menos. Dígale a Katu que esté preparado para entonces.

—No hace falta tanta prisa. Tenéis que llegar con la lancha cerca de Kuala Lumpur cuando sea de noche, así que dispones de varias horas.

—De acuerdo. ¿Algo más?

Palabalu entornó los ojos malignamente.

—Sí… Durante estos días, me he enterado de lo que significaba *schweinehund* en alemán.

—¿Y…? —sonrió Greta.

—Cuando termines este trabajo, hablaremos sobre tu decisión de llamarme «cerdo».

—Pues hablaremos. Pero le advierto, Palabalu, que nunca me echo atrás: mis decisiones y definiciones son siempre inapelables. Oh, una sola pregunta: ¿todo esto ha sido planeado por usted, o por nuestro invisible «Time», el jefe supremo?

—Por él.

—Ya. Y… ¿cuándo podré verlo?

—¿A «Time»?

—Claro.

—Eso lo decidirá él. En el supuesto de que sienta interés alguna vez por conocerte personalmente.

—Por lo que sé, hasta ahora no ha conocido personalmente a ninguno de nosotros —fue mirando a los demás hombres, que se limitaron a encoger los hombres—. Así que me pregunto: ¿realmente existe «Time»?

—¿Qué dices? —Se pasmó De Vries.

—Estoy pensando que quizá no exista ningún jefe supremo, ningún «Time», y que nuestro auténtico jefe sea simplemente Palabalu. Si es así, ¿por qué tanta comedia?

Palabalu la miraba con los ojos muy abiertos. Estaba al borde del colapso por pasmo. De pronto, se echó a reír, con tal fuerza, de tan buena gana, que todas las dudas de Greta Schafer desaparecieron. Dio media vuelta y salió del cuarto, dejando a Palabalu poco menos que muriéndose de risa.

Aquella noche, Greta Schafer saldría con el malayo Katu, en lancha, hacia Kuala Lumpur. Y Katu no se separaría de ella hasta que pudiese regresar a la isla asegurando que la alemana había quedado instalada como Margaret Waterwood en uno de los mejores hoteles de aquella ciudad, desde la cual partiría cuanto antes hacia Singapore, donde, al parecer, disfrutaría de entera libertad de movimientos, gozando ya de la plena confianza de la organización.

Lo cual, ciertamente, hizo sonreír a la bellísima alemana.

Capítulo VI

La sonrisa de Ernest Randall-Simmons quedó como petrificada en sus labios durante un par de segundos. Luego, apareció el gesto de asombro, de infinita admiración. Tan acusada era su expresión que los amigos que se sentaban con él a una mesa de la terraza del club de golf más elegante de Singapore no tuvieron más remedio que mirar en aquella dirección, intrigados.

—Ah, sí —sonrió también Douglas Geoffrey—. Es la misma de anoche. Increíble, ¿verdad? Nunca he visto una mujer tan hermosa.

—No eres muy galante, querido —protestó su esposa.

—Mi amor —el señor Geoffrey se llevó una mano si pecho, cómicamente—: tú eres la única mujer a la que yo puedo amar, y así será siempre, por los siglos de los siglos. Pero… Bueno, si tú no existieses, si nunca te hubiese conocido, creo que muy pronto dejaría de ser soltero.

—No me gustan tus bromas —refunfuñó *mistress* Geoffrey—. No me gustan nada, la verdad. Deberías…

—Yo creo —intervino la señora Cash, también sonriendo— que no deberías enfadarte con Douglas por esto, Jenny. Al menos, él tiene la sinceridad de decirlo. En cambio, mira a mi querido Stanley, con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas… ¡Ahora será capaz de decirme que no estaba mirando a esa muchacha!

El grupo de selectos amigos reunidos en la terraza se echó a reír, mientras Stanley Cash volvía la mirada hacia su esposa.

—¿Eh? —Pareció despertar—. ¿Qué dices, querida?

—Decía, te preguntaba, si has visto qué joven tan hermosa acaba de entrar.

—¿Qué joven?

De nuevo rieron todos. Excepto Ernest Randall-Simmons, cuya expresión no había cambiado, y cuyos ojos continuaban fijos en la persona que había dado lugar a la nueva conversación, con su

llegada a la terraza-bar del club de golf.

En realidad, todo cuanto se dijera de aquella muchacha era poco. Alta, esbelta, de formas delicadas pero sugestivas, elegante con el sencillo vestido corto de noche que dejaba al descubierto la piel de sus hombros, del color del oro; sus cabellos eran largos, negrísimos, suavemente ondulados. Despejada la frente, correctos los rasgos, deliciosa la boquita sonrosada con aquel hoyuelo vertical en la barbilla… Y, sobre todo, aquel par de ojazos azules, enormes, bellísimos, de una expresión tan inteligente, tan pura, que sobrecogía el ánimo.

Un camarero se había apresurado a acudir ante ella, y en aquel momento, para contrariedad de la joven, movía negativamente la cabeza. Ella adoptó una expresión resignada, dijo algo más, y el camarero se alejó…

—¿Dices que estuvo aquí anoche? —preguntó de pronto Ernest Randall-Simmons.

—Sí —asintió Geoffrey—. Da la impresión de que está buscando a alguien. Y es una lástima que no sea a mí.

—Yo creo que te estás pasando, mi amor —insinuó un tanto irritada su esposa.

—Mujer, era una broma que…

—Aquí, el único que puede hablar así es Ernest —rió el señor Ashenden—. Los demás estamos ya fuera de circulación.

—Al menos —lo miró torvamente su esposa—, tened delicadeza suficiente para que sea así en nuestra presencia.

—Vaya… Bueno, querida, no irás a…

—A mí me parece —dijo Arthur Standish— que deberíamos irnos al teatro, tal como habíamos convenido hace unos minutos. Y si la función es la mitad de buena de lo que me han asegurado, pronto olvidaremos a esa damita que se está convirtiendo en la manzana de la discordia.

—Lo que me pregunto —dijo Randall-Simmons— es por qué demonios no vine yo anoche al club.

—¡Estabas muy ocupado! —rió Cash—. Espero que esto te enseñará que no es bueno dedicarse de modo tan tenaz, tan exclusivo, a ganar dinero. La vida, mi querido amigo, tiene otras compensaciones.

—Estoy empezando a pensar que quizá tengas razón —admitió

Randall-Simmons.

—Bueno —dijo Jenny Geoffrey—, ¿vamos o no vamos al teatro?

Todos se pusieron en pie, excepto Randall-Simmons…, que lo hizo apresuradamente cuando se dio cuenta de que había señoras de pie a su lado.

—Esto… Bien, perdonadme, pero, francamente, no siento interés por esa función.

—Pero querido Ernest —deslizó maliciosamente la señora Cash, ¡si hace unos minutos dijiste que tenías grandes deseos de presenciarla!

—Vamos, vamos, déjalo en paz —refunfuñó su marido—. Ernest sí puede hacer lo que guste, me parece. Será mejor que nos demos prisa, o llegaremos tarde. Hasta mañana, Ernest… ¿Recordarás que tenemos pendiente el penúltimo partido?

Randall-Simmons asintió con la cabeza, de nuevo fija su mirada en la hermosísima joven, a la cual, en aquel momento, le servía el camarero un cóctel, que ella agradeció con una despampanante sonrisa… Los amigos del aristocrático inglés se miraron, sonrieron, y salieron de la terraza, dejándolo solo.

Ernest Randall-Simmons volvió a sentarse a la mesa que hasta poco antes había estado compartiendo con su grupo de amigos. Encendió un cigarrillo, siempre fija su mirada en la dama de los sensacionales ojos azules. Desde otras mesas, ciertamente, también miraban a la dama, que, sin la menor duda, estaba despertando el máximo interés. En el mostrador del bar, dos apuestos jóvenes vestidos de esmoquin cambiaban comentarios que debían ser muy sabrosos, si bien no perdían la compostura correcta ni un instante…

Randall-Simmons parpadeó cuando el jefe de camareros del club de golf apareció, y se dirigió directo a la joven. Estuvieron conversando un par de minutos, durante los cuales, el jefe de camareros movió la cabeza negativamente varias veces, bien a su pesar. De nuevo el gesto resignado de la joven, con un encogimiento de hombros casi irritado.

El jefe de camareros se alejó por fin; y Randall-Simmons, al parecer preso de súbita decisión, se fue tras él, alcanzándolo en el pasillo que llevaba a las oficinas del club.

—James —llamó.

El hombre se volvió y sonrió cordialmente.

—Ah, buenas noches, señor… Parece que le han dejado solo esta noche.

—Lo parece —sonrió Randall-Simmons—. ¿Quién es esa joven?

El jefe de camareros no tuvo necesidad de mayores explicaciones para saber a quién se refería uno de los más antiguos y aristocráticos socios del club.

—No lo sé, señor…

—¿Pertenece al club, quizá, desde hace poco…?

—No, no.

—En ese caso, quizá no debería estar ahí, supongo.

—Bueno… Al parecer, esa pobre joven ha sufrido una confusión. Me ha dicho Percy que también estuvo anoche, preguntando por unos amigos con los cuales quedó citada aquí… Unos amigos americanos. He entendido que ellos habían oído hablar de nuestro club, pero no sabían que era exclusivo… No me ha parecido muy amable por nuestra parte rogarle que se marchase, señor.

—Ha hecho muy bien —asintió Randall-Simmons—: hay que ser generosos con nuestra ayuda… ¿A quién está buscando la señorita americana?

—Yo diría que ella no es americana, señor. Ciertamente, lo parece, por su modo de hablar, pero… parece inglesa. Está buscando a un grupo de amigos que realizan un viaje en yate. Le he dicho que no ha venido por aquí ningún grupo de americanos últimamente.

—Entiendo. Bien…, gracias, James.

—A su servicio, señor.

Randall-Simmons regresó a la terraza, pero no fue hacia su mesa, sino directamente a la de la bellísima joven. Ella le miró, viéndole llegar, pero, evidentemente, no esperaba ser abordada por tan apuesto caballero, porque se sorprendió grandemente cuando él se plantó ante la mesa.

—Permítame, señorita: me llamo Ernest Randall-Simmons…

—Encantada… —sonrió ella—. ¿Es usted el gerente del club, quizá?

—No… —rió él—. No, ciertamente. Sólo soy un socio. Pero entiendo que debo dejar bien establecido que éste es un club amable. ¿Sabía usted que es exclusivo para socios?

—No… —La muchacha se mordió los labios—. No lo sabía. Y

naturalmente, si mi presencia molesta a…

—¡Por favor! —protestó Randall-Simmons—. Mi intención al atreverme a presentarme yo mismo es únicamente ayudarla. ¿Me permitiría usted hacerlo? He cometido también la indiscreción de interesarme por usted, de modo que sé que está buscando a unos amigos que tienen un yate… Y pienso que quizá yo podría ayudarla a encontrarlos.

—Me llamo Margaret Waterwood, señor Randall —parpadeó la muchacha—. Y su «atrevimiento» me parece magnífico. ¿Sería tan amable de sentarse?

—Con muchísimo gusto —lo hizo Randall-Simmons—. Veamos: ¿qué amigos son ésos, o cuál es el nombre de su yate? Yo también tengo un yate, dispongo de buenos amigos en los muelles… Estoy seguro de que con una llamada podría enterarme de si ese yate está en Singapur.

—Mucho me temo que no esté… —murmuró ella—. Ya he paseado esta mañana por los muelles, y no lo he visto. De todos modos, supongo que me lo he merecido.

—¿Perdón? —No comprendió Randall-Simmons.

—Bien, es que… Supongo que tengo un genio demasiado vivo, señor Randall. Lo cierto es que discutí con mis amigos en Kuala Lumpur, y les dije que estaba harta de ellos, y de su yate. Así que desembarqué allá, dispuesta a seguir luego viaje hacia Hong-Kong y tomar allá el avión para Estados Unidos…

—¿Es usted americana?

—Inglesa. Pero llevo muchos años viviendo en Estados Unidos… Desde niña.

—Bueno… Si es así, no debe hacer muchos años.

Margaret Waterwood se quedó mirándolo gratamente sorprendida. De pronto, también sonrió, y pareció que su interlocutor quedaba deslumbrado.

—Es usted muy amable, señor Randall… Lo contrario que yo. Como le decía, tuvimos un pequeño altercado con mis amigos, y me bajé en Kuala Lumpur. Ellos me dijeron que si cambiaba de opinión, nos encontraríamos en este club de Singapur, y yo les dije que… que podían olvidarme para siempre, que jamás vendría a buscarlos aquí… Sin embargo, luego, he pensado que quizá fui demasiado quisquillosa, y había pensado reunirme de nuevo con ellos. Ya le

digo que tengo el genio un poco… vivo.

—Lo cual resulta emocionante a veces —sonrió él—. Pero también puede ser una contrariedad. Cabe en lo posible que ante su firme negativa a continuar viajando con ellos, se hayan convencido de que no volvería al yate de ninguna manera… En cuyo caso, quizá han cambiado su ruta…, y ya no pasarán por Singapur.

—Eso es lo que estoy temiendo —suspiró ella.

—De todas maneras, si usted me dice el nombre del yate de sus amigos, yo movilizaré a mis amistades para que vean de localizarlo por Singapur, o cerca de aquí.

—El nombre del yate es «Atlantic»…, pero no debe usted molestarse, se lo ruego. Seguramente, en efecto, han decidido no pasar por Singapur. Hablaban de Java… En fin, lo mejor será que parta hacia Hong Kong cuanto antes… Así aprenderé a no ser tan difícil de tratar.

—Yo diría que no es usted de esa clase de personas —protestó Randall-Simmons—. ¿Me aceptaría usted un cóctel?

—Ya estoy tomando uno.

—Oh, sí… Bueno, quizá preferiría ir usted al teatro, por ejemplo. Todavía tenemos tiempo de…

—Señor Randall —ella le miraba fijamente—, temo que esta noche no sería una compañía agradable. Estoy de pésimo humor. Y estoy aprendiendo que cuando uno está de mal humor, lo mejor es quedarse solo. Así al menos, no se le dicen inconveniencias a nadie.

Ernest Randall-Simmons pareció sofocarse un poco.

—¿Me está invitando a dejarla sola? —susurró.

—No, no, por favor… ¿Se da cuenta? No estoy en condiciones de sostener ni siquiera una conversación con una persona tan amable como usted… Discúlpeme. Lo mejor será que vuelva al hotel, y mañana pediré el pasaje para Hong Kong. De todos modos —se puso en pie rápidamente imitada por Randall-Simmons— ha sido usted muy atento conmigo. Gracias, y… buenas noches.

—Pero… Veamos, señorita Waterwood, ¿no querría usted intentarlo una vez más? Permítame interesarme por ese yate ahora mismo, y seguramente mañana sabré algo concreto. Podría avisarle a su hotel…, si le parece bien.

—Pues… —Ella vacilaba visiblemente—. No sé. Aunque, realmente, ¿qué puedo perder? Estoy en el «Clarion Hot…».

—¿En el «Clarion»? —Frunció el ceño Randall-Simmons.

—Sí… ¿Le sorprende?

—Yo diría que no es… absolutamente adecuado para usted.

—¿Por qué?

—Mmm… Bien, la gente que va allí, por supuesto, es adinerada, pero… Bueno, quiero decir que es un hotel de lujo, pero…

—¿Pero no tiene clase?

—Yo diría que no demasiada —murmuró él.

—Estas cosas suceden cuando una se queda sola en lugares que no conoce bien —Margaret encogió de nuevo los hombros—. De todos modos, puesto que espero irme mañana, ya no tiene importancia… Buenas noches, señor Randall. Y de nuevo gracias… por todo.

—La llamaré —aseguró él.

No sonó el teléfono, ante el cual estaba sentada la señorita Margaret Waterwood desde las nueve de la mañana, sino el timbre de la puerta de la *suite* que ocupaba en el «Clarion Hotel». Ella miró hacia la puerta, frunció el ceño y se puso en pie, apagando el cigarrillo en el cenicero.

—¿Quién es? —preguntó ya junto a la puerta.

—Botones… Un recado para usted, señorita Waterwood.

Abrió la puerta… y no pudo ver al botones, porque prácticamente desaparecía detrás del gigantesco ramo de flores.

—¿Para mí? —se sorprendió—. ¿Está seguro?

—Sí, señorita.

—Bien… Pase.

El botones dejó el ramo de flores sobre una mesita, agradeció muy sonriente la propina, y se marchó. Ella tomó el pequeño sobre, naturalmente destinado a ella, y sacó la tarjeta. No se sorprendió lo más mínimo, porque como estaba sola, no había necesidad de hacer comedia.

ERNEST RANDALL-SIMMONS

Felices las flores que la despiertan. Con mis respetos.

E.

Sonriendo, dejó la tarjeta, y se dirigió al cuarto de baño. Estaba

cruzando el dormitorio cuando sonó el teléfono de la mesita de noche al unísono con el de la salita.

—¿Sí?

—¿Ha tenido feliz despertar?

—Oh, señor Randall… Sí… ¡Sí, ciertamente! Muchas gracias por sus flores. Ha sido usted muy gentil, y…

—Estoy abajo, en el vestíbulo. He pensado que podríamos vemos esta mañana.

—Oh, pues… Bueno, no sé…

—Me he interesado esta noche por el yate de sus amigos, pero lamento decirle que no he conseguido información alguna. Seguramente, como usted dijo, estén ya en aguas de Java, sin haber tocado en Singapur. Sin embargo, a menos que esté demasiado aburrida de viajar en yate, podríamos… realizar una pequeña búsqueda por los estrechos con el mío.

—Pero… eso no es tan fácil, señor Randall. Buscar un yate tan pequeño en…

—En cuanto a mí, no tengo demasiada prisa por encontrar el «Atlantic» —rió Randall-Simmons—. Y ojalá que a usted nadie la esté esperando en Estados Unidos.

—No, no, desde luego, pero…

—Margaret —cortó él suavemente—: no he podido dormir esta noche pensando en usted. No es que yo pretenda también quitarle el sueño, pero…

—Señor Randall: ¿de qué está usted hablando?

—Me he enamorado de usted.

—Oh… ¡Oh! Pe-pero señor Randall, si tan sólo anoche no nos habíamos…

—Así sucede siempre lo hermoso: de pronto, bruscamente… Lo rebuscado nunca es bello. En cambio, un amor nacido de pronto, sin base aparente, con una simple mirada, puede serlo todo en la vida.

—Pe-pero… pero yo…

—¿No va a concederme la oportunidad de conocerme mejor?

Ernest Randall-Simmons separó por fin sus labios de los de Margaret Waterwood, y se quedó mirando los grandiosos ojos azules, que parecían recoger todo el intenso color del mar… Mar por todas partes, islas pequeñas con palmeras, gaviotas… Y todo, bajo un cielo también espléndidamente azul, límpido. En cualquier

momento podía aparecer el pequeño tornado que afearía el escenario, pero, mientras tanto, el yate se deslizaba por aguas tranquilas, que parecían de cristal.

—¿Estás arrepentida?

—No… —sonrió luminosamente Margaret—. No, Ernest, de ninguna manera. Junto a ti, estos tres días han sido maravillosos. Y si no terminasen nunca…

—Bien… Lamentablemente —él deslizó una mano por el hombro de ella, cuya indumentaria era un diminuto bikini— tengo que regresar a Singapur, Margaret.

Ella bajó los ojos.

—Entiendo —susurró.

Ernest Randall-Simmons sonrió. Tendido junto a ella en la cubierta de popa, ambos tomando el sol, se podía pensar que allí empezaba y terminaba el mundo. Volvió a abrazarla y a besarla…

—Me parece que no lo entiendes —dijo—. No se trata de una separación, Margaret.

—¿Qué quieres decir?

—Por fuerza, tengo que atender muchos asuntos en Singapur, pero eso no debería significar que dejemos de vernos. Quiero decir que no veo por qué has de marcharte.

—O sea, que me estás… sugiriendo que me quede en Singapur.

—Conmigo, sí.

—Me parece —ella se desasió un tanto bruscamente— que sí empiezo a comprender. Pero ahora eres tú el que no comprende… Te he dado todo lo que una mujer puede darle al hombre que ama…, pero eso no significa que piense convertirme en una… chica entretenida en su hotel, a la espera de visitas más o menos subrepticias… Me estás confundiendo, Ernest. El amor que te he dado…

—Sigues equivocada —sonrió él—. No se trata de eso, mi amor. No tendrás que esperarme en el «Clarion», ni en ningún otro hotel.

—No me digas que vas a instalarme en tu casa.

—Tampoco… por ahora.

—¿Por ahora?

—Tengo un pequeño chalet cerca de la playa en Pasit Panjang. Instálate allí… Como mi invitada. Y más adelante…

—Creo que el viaje de placer ha terminado —interrumpió

secamente Margaret—. Volvamos a Singapur. Y espero encontrar mañana mismo pasaje para Hong Kong.

—Escucha, Margaret…

—No tengo nada que escuchar. Pero tú sí… Durante tres días te he estado amando. En realidad, me sentí atraída por ti en cuanto te conocí, pero… Bien, durante los dos primeros días he estado intentando resistirme, y al fin, he claudicado… Esta noche has tenido de mí lo que has querido, te he demostrado completamente que yo sí te amo a ti… ¿Y cuál es mí… premio? Me dices que me vas a instalar en un chalet junto al mar. ¿Qué es lo que tú crees que soy yo? ¿Una aventurera que iba buscando un hombre rico en Oriente para que le pusiese un chalet cerca de Singapur? ¡Vamos…!

—Te estás excitando, Margaret. Yo te amo.

—Oh, sí… ¡Me amas muchísimo! Y de qué linda manera lo has demostrado: tres días de mar, dos de ellos dedicados a comportarte como el más perfecto caballero enamorado…, hasta que anoche te atreviste a entrar en mi camarote. Y como conseguiste lo que querías, porque soy una pobre estúpida que te ama, crees que puedes disponer de mí como de una… de una…

Margaret Waterwood dejó caer la cabeza sobre el pecho, mordiéndose los labios para contener su temblor. Randall-Simmons la tomó por la barbilla, alzándola.

—Margaret…

—Déjame… Quiero regresar en seguida. ¿Crees que es eso lo que esperaba de ti? Desde anoche, estaba pensando que al volver me presentarías a tus amigos, me demostrarías que no me has mentido, que no he sido para ti un agradable pasatiempo… ¡Y me dices que vas a instalarme en una playa cerca de Singapur! ¡Eres odioso!

Se desasió de los brazos de él, se puso en pie y corrió al interior del yate. Ernest Randall-Simmons quedó como perplejo unos segundos; luego sonrió y se fue tras ella. Cuando entró en su camarote, Margaret se había vestido ya, precipitadamente, y estaba sacando sus cosas del armario y metiéndolas en la maleta. No se volvió al oírlo. Pero se estremeció fuertemente cuando él le puso las manos en los hombros.

—Margaret…

—No. Déjame.

—Por favor, escúchame… Vamos a ir directamente a mi chalet

de Pasit Panjang, y te voy a dejar allí. Iré a verte todos los días…

—¡No!

—Solamente a verte, si así lo deseas —aclaró él significativamente—. No quiero que estés en un hotel, sea o no de la clase que tú mereces. Quiero que estés en una casa propia, esperándome…

—¡Esperándote!

—Dame tres días de tiempo. Tengo que resolver muchas cosas que he dejado pendientes en Singapur. Mientras tanto, espérame en el chalet…, y recíbeme como prefieras.

—No. Nada de chalets apartados. O soy algo importante para ti, o no soy nada. Te diré mi última palabra, Ernest: estaré precisamente en el «Clarion» esperando durante dos días. No en tu casita de la playa…, pero esperaré. Sólo dos días. Naturalmente —sonrió con tristeza— eres más fuerte que yo, así que puedes hacer lo que desees, empezando por forzarme ahora mismo… Pero no sería igual que anoche… Ya nunca sería igual. ¿Tienes cosas que resolver, cosas importantes? Yo te creo. Resuélvelas, y si verdaderamente me amas, ve a buscarme cuando termines al hotel «Clarion»… Eso es todo lo que obtendrás de mí por las buenas. Por las malas…, tú tienes la palabra.

—Ningún hombre que ame a una mujer obtiene de ella por las malas lo que tan hermoso resultó por las buenas, Margaret.

—Entonces, llévame a Singapur, déjame en el muelle, y tomaré un taxi hasta el hotel. Eso es todo, Ernest.

—Como tú quieras… Llegaremos antes de la noche…, pero no creo poder llamarte hoy mismo.

—Durante dos días, puedes llamarme cuando gustes… Luego, no te molestes.

Sonó el teléfono, y Margaret Waterwood lo descolgó inmediatamente, inquiriendo con voz anhelante:

—¿Ernest?

—Sí, mi amor. ¿Cómo estás?

—Estaba esperando tu llamada. Y anoche también la esperé, pero tú no…

—Ya te dije que estaría muy ocupado. Anoche, precisamente, tuve una importante reunión en mi casa…

—¿Vas a venir esta noche, ahora…? ¿Has pensado…?

—Margaret, no puedo. De verdad que no puedo… Pero ya he tomado una decisión: haré lo que tú digas, lo que quieras…

—¡Ernest! —gritó ella su alegría.

—Te amo… Te amo, Margaret. De verdad te amo.

—Si te estás burlando de mí… Ernest, te recuerdo que mañana al mediodía me iré si no…

—Por favor, espera unas horas más. Margaret yo haré lo que tú quieras, pero espera hasta la tarde. Lo habré terminado todo, te llamaré… y a partir de ese momento haremos lo que tú quieras.

—Está bien… Está bien, mi amor. Esperaré otro día más.

—Gracias… Gracias, Margaret. Te llamaré mañana por la tarde.

—Pero si ahora estás en tu casa, yo podría ir a…

—No, no. No estoy en mi casa. Imposible vernos esta noche.

—De acuerdo… Adiós, mi amor.

—Hasta mañana, querida.

Margaret Waterwood colgó el auricular y sonrió. Luego, estuvo pensativa durante un par de minutos. Muy pensativa. Luego, del armario sacó unos pantalones largos, de espuma, de color azul marino. Y un jersey rojo intenso, de cuello alto. Lo envolvió todo en una revista y salió de la *suite*.

Tres minutos más tarde salía del hotel por la parte de atrás, con tal sigilo y astucia, que nadie pudo darse cuenta de la extraña maniobra de *miss* Margaret Waterwood.

Capítulo VII

Después de saltar las verjas de la hermosa quinta, la señorita Waterwood quedó acuclillada junto a unos arbustos de flores, mirando hacia la casa. Había luz en la planta baja, en el vestíbulo y en la ventana de la derecha.

Tranquilamente, la señorita Waterwood se sentó sobre la tierra, dejando junto a ella el paquete que contenía la pequeña linterna que había comprado en un sitio diferente adonde adquiriera media hora antes la pequeña navaja de hoja delgadísima, un juguete, una especie de joya de recuerdo… No necesitaba más.

Media hora más tarde, fue apagada la luz de la ventana, y apenas cinco minutos después, la del vestíbulo. Solamente quedó encendida la luz de la entrada, y, a la derecha de ella y algo atrás, las de los dos faroles que iluminaban la entrada a la quinta.

Entonces, la señorita Waterwood comenzó a deslizarse hacia la casa, siempre por las sombras, ataviada ahora con los pantalones de color azul marino y el rojo jersey, que era una mancha oscura en la noche. Un reflejo de colores llegaba desde Victoria Avenue, así como el rumor de coches.

Para la señorita Waterwood, abrir una ventana lateral utilizando la navajita, fue de lo más sencillo. No tardó ni siquiera medio minuto. La empujó, pasó primero una pierna, luego la otra… Entró en aquella oscura estancia, cerró la ventana y se quedó escuchando… Pero no se oía en la casa ningún rumor, ningún ruido.

Para abrir la puerta de aquel aposento no tuvo necesidad de utilizar la navajita. Simplemente, movió el pomo, la atrajo, echó un cauteloso vistazo al gran vestíbulo solamente iluminado por el reflejo del farol de la puerta entrando por las dos ventanas, y, finalmente, sin producir el menor ruido, lo cruzó. Delante de ella había dos puertas. Abrió una, dirigió un velocísimo rayo de luz hacia el interior, apagó la linterna y salió. Abrió la otra puerta,

encendió de nuevo brevísimamente la linterna…, y esta vez entró en aquel aposento, que era sin lugar a dudas el despacho.

Cerró la puerta, estuvo inmóvil un par de minutos, y, ya convencida completamente de que ningún sonido era alarmante, volvió a encender la linterna.

Tardó menos de un minuto en localizar la caja fuerte empotrada en la pared, oculta vulgarísimamente detrás de un cuadro. Se la quedó mirando, suspiró, apagó la linterna, y se dijo:

—Queridita, ahora viene lo bueno… Vamos o ver cómo te portas.

Sus finos deditos tocaron el pomo metálico de la puerta, y comenzó a moverlo, con una orejita pegada al frío metal… Al otro lado de la gruesa compuerta de acero no se oía nada… Disgustada, volvió a encender la linterna, iluminó la marca de la caja, y puso la boquita como quien emite un silbidito de admiración. No. No iba a ser fácil abrir aquella caja fuerte…

Diez minutos después, con el rostro chorreando sudor, la señorita Waterwood tiraba suavemente del pomo…, y la compuerta de acero cedía hacia ella. La dejó abierta, se pasó una manga por la frente y se limpió las manos, también sudorosas, cosa muy poco frecuente en ella, en el pantalón.

«Querido Ernest —pensó—, si eres un agente inglés, tengo que saberlo…, por tu bien. No me gustaría que “Time” te hiciese algo definitivamente malo, si puedo evitarlo. Así que, antes de ponerte en sus manos, quiero saber con seguridad si eres o no eres un simpático espía, en cuyo caso, algo tendría que hacer por ti…».

Con gran cuidado, comenzó a sacar el contenido de la caja: papeles, dinero, llaves, talonarios, una pistola… Ah, una pistola. Pero no había silenciador en la caja. Es decir, que podía ser el arma que guarda cualquier ciudadano con vistas a posibles dificultades…

No había nada más.

Lo colocó todo bien sobre la mesa, separando lo que desde un principio no tenía interés alguno para ella, como, por ejemplo, el dinero, los talonarios de cheques, las llaves… En realidad, nada de lo que había allí merecía su interés, en modo alguno, se decía cinco minutos más tarde.

«Y, sin embargo —reflexionó—, no puedes ser un… un don nadie. Si le interesas a “Time”, tiene que ser por algo. Veamos,

querida, veamos…».

Regresó ante la caja, metió dentro ambas manos, y comenzó a tantear las finas y frías paredes de acero. Tenía que saber la verdad sobre Ernest Randall-Simmons antes de tomar decisiones sobre él, antes de que la organización…

Un suave chasquido dentro de la caja la dejó inmóvil un instante. Bajó la mano, y la compuerta del techo bajó…, igual que días atrás bajara el sillón de Hugo Scarbole. Algo cayó sobre la mano de la señorita Waterwood: papeles. Los recogió cuidadosamente, los puso sobre la mesa, y volvió a encender la linterna, tapando la mitad del foco con una mano. No necesitaba demasiada luz para ver, para leer…

Primero, quedó petrificada de asombro. Estuvo así unos segundos, y luego se estremeció.

—Pero… No entiendo…

No. No entendía. Todavía, pese a su prodigiosa inteligencia, la señorita Margaret Waterwood tardó bastante en comprender…, en asimilar aquello, el significado de aquello que estaba viendo a la luz de la linterna.

—Por Dios… Pero ¿qué significa esto? ¿Cómo es posible que…?

Sus pensamientos parecían amontonarse, estorbarse unos a otros; sacudió la cabeza, apretó los labios, y comenzó a colocarlo todo de nuevo en la caja, tal como lo había encontrado, empezando por los papeles que habían caído en su mano al encontrar el compartimiento secreto…

Finalmente, poco después, salía de la casa, y luego de la villa, saltando nuevamente las verjas, con facilísima agilidad.

Era sencillamente increíble la agilidad física de aquel hombre, si se tenía en cuenta sus proporciones físicas, la gran cantidad de masa muscular que debía desplazar a cada paso, a cada gesto. Alto, de hombros anchísimos, músculos bien definidos por todas partes, Cheke Sakti era la representación del vigor físico elegantemente utilizado. Con sus cabellos cortos y tiesos, sus pequeños ojos negros, inteligentes, su tremenda mandíbula poderosa, resultaba absolutamente impresionante.

Se cubría solamente con un sarong de vivos colores, de modo que se podía ver casi todo su cuerpo, empapado en sudor, brillante, saltando a un lado y a otro con aquella agilidad que tenía

estupefactos a los alumnos de su escuela de silat.

La asombrosa, extraordinaria lucha asiática, que más parecía un baile que tal lucha, era todo un admirable arte en las ejecuciones del gran maestro Cheke Sakti. Había tenido ante él a cuatro de sus más aventajados discípulos, a los cuales había ido derribando casi sin tocarlos; simplemente moviéndose junto a ellos, desequilibrándolos con gestos, con simulados ataques, uno tras otro habían ido cayendo, como en una demostración de magia. El último, el que más tiempo resistió las invencibles técnicas del maestro, cayó por fin, cuando intentó esquivar lo que parecía un irremediable golpe con ambas manos en pleno rostro, y que se quedó en simple gesto por parte del maestro.

Luego, los cuatro saludaron a Cheke Sakti, que inclinó la cabeza, y dijo:

—La clase ha terminado.

En el más completo silencio, los alumnos se dirigieron a los vestuarios, mientras Sakti iba al suyo privado. Se duchó, se puso un sarong limpio, y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, dispuesto a esperar.

Poco a poco, el lejano rumor de las voces de sus alumnos comentando la última clase, se fue apagando. Cala vez, menos voces… Y, por fin, el silencio total. Cheke Sakti se puso en pie, salió de su vestuario privado, y fue a cerrar el gimnasio. Apagó las luces, y como una sombra cruzó toda la sala, hacia la puerta del fondo. La abrió, enfiló el corto pasillo y subió el tramo de escalones que llevaba a su vivienda privada.

Empujó la puerta, la cerró mientras encendía la luz…, y al mismo tiempo que notaba aquel ligero soplo de aire tras él, oía la voz, también a su espalda:

—¿Cómo está, Cheke?

El peligrosísimo malayo, que se había vuelto velozmente, alzando las manos en posición inicialmente ofensiva, se quedó como si fuese de piedra. Sus ojos casi se salieron de las órbitas contemplando a la mujer que estaba sentada en uno de los silloncitos, mirándole, risueña.

—No es posible…

—¿No me recuerda? —Casi rió ella.

De pronto, la expresión del malayo mostró un júbilo

indescriptible.

—¡La he vuelto a ver! —exclamó—. ¡Creí que eso jamás sucedería, pero la he vuelto a ver, la estoy viendo…!

—¿Eso quiere decir que sí me recuerda?

—¡Por todos los dioses malayos…! ¿Quién podría olvidarla a usted, señorita…?

—Greta Schafer. O si lo prefiere, Margaret Waterwood.

—Ah… —Cheke Sakti quedó súbitamente serio—. Entiendo… ¿Está soplando quizá otro… viento de Malasia? ¿Es eso? [2].

—Algo parecido —se endureció el rostro de ella—. Sí, algo parecido, Cheke.

—¿Está usted trabajando en Singapur otra vez, entonces?

—Digamos que mi trabajo me ha traído nada menos que hasta Singapur, desde Europa.

—Ya… Largo camino. Pero, como todos los caminos, debe tener un final. ¿Ha venido usted a pedirme ayuda? Bueno, quiero decir a utilizar mis servicios… Porque lo de que usted pida ayuda casi hace reír…

—He venido a pedir su ayuda —asintió ella seriamente—. Su colaboración, si lo prefiere. Habida cuenta de que no he tenido informe alguno respecto a su posible baja en nuestros servicios, he pensado que continuaba usted en activo, Cheke.

—¡Continúo en activo! —rió el colosal malayo—. ¡Desde luego que sí!

—En tal caso, debo confiar en que sigue usted capacitado para efectuar contacto con todos nuestros amigos en cualquier momento.

—Naturalmente. ¿Tengo que llamarlos por radio? ¡Se van a llevar una sorpresa…!

—No creo. Por el contrario, su llamada los va a tranquilizar a todos, en todo el mundo: no tienen la menor noticia de mi paradero, y, precisamente, hace más de diez días que están esperando mis noticias…, aunque quizá en Europa, no en Asia.

—¿Quiere decir que usted ha… desaparecido?

—Para ellos, sí. Mi pista se les terminó en el aeropuerto de Niza. Luego, me ha sido imposible llamarlos.

—Bien… ¿De qué se trata? ¿Qué debo decirles?

Margaret Waterwood señaló un par de páginas escritas, sobre una mesita.

—Mientras usted terminaba su clase, yo me he permitido escribir todas las instrucciones, que, como siempre, tendrán que ser obedecidas con toda exactitud.

—Nunca podría ser de otro modo —murmuró Sakti, tomando las dos páginas, escritas en inglés—. Estarán en manos de la persona adecuada en cuanto usted quiera.

—Que sea dentro de diez minutos si no puede ser dentro de cinco solamente. Y ahora, adiós, Cheke: espero que no le moleste que me vaya por donde vine.

Cheke Sakti movió la cabeza negativamente tras mirar hacia la abierta ventana.

—¿Tiene que irse ya?

—Lamentablemente, no dispongo de mucho tiempo. Estoy en un hotel, y sé que hay alguien vigilándolo. Es claro que he salido sin que lo sepan, pero en cualquier momento pueden interesarse por mí, telefonearme… No conviene abusar de la suerte.

—¿Está en dificultades? ¿Quiere que yo la…?

—Yo siempre estoy en dificultades —sonrió divertida la señorita Waterwood—. Pero todo lo que puede hacer por mí es pasar esas instrucciones cuanto antes. Sin contactos posteriores, Sakti, porque ni siquiera dispongo de radio… Esta vez, estoy trabajando sin mi equipo habitual.

—No creo que eso le dificulte a usted nada.

—Pues le aseguro que he pasado mis malos momentos. Hasta la vista, Cheke.

Cheke Sakti quedó inmóvil, viéndola salir por la ventana. Igual que una paloma, o una gaviota, o un águila… Desapareció, eso fue todo.

—Hasta la vista… —murmuró tardíamente—. Y ojalá sea de nuevo cierto.

Se vistió a la americana, muy correctamente, y poco después salía a la calle, llevando en un bolsillo dos páginas con instrucciones que, ciertamente, no eran aptas para personas pacíficas.

Capítulo VIII

Palabalu se volvió, todavía con el ceño fruncido, dejando de mirar la blanca y poderosa lancha que se había detenido hacía unos minutos en la playa, y de la cual habían saltado parte de la dotación, y personal ataviado con batas blancas.

Cuando se volvió, su enorme mole quedó recortada en la ventana, contra el sol de la tarde, que iba declinando rápidamente. En el centro de la estancia, Matthews le miraba, como siempre impresionado.

—¿Qué ocurre? —masculló Palabalu, por fin.

—Son autoridades sanitarias.

—¿Autoridades sanitarias? ¿De Singapur?

—Claro.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Dicen que se está extendiendo una epidemia de peste por los pequeños islotes de pescadores, y que están…

—¿De peste? ¿Qué tonterías estás diciendo?

—Lo han dicho ellos. Están recorriendo todos los islotes, con todas las lanchas y todo el personal médico que pueden disponer, para hacer análisis y cosas de ésas. Han ordenado que en primer lugar se reúnan en la playa todos los niños y todas las mujeres… Parece que son los más débiles, los que caen antes… Dicen que si es necesario, tendrán que evacuarnos a todos, llevarnos a los hospitales de Singapur.

—¡Están locos! —bufó Palabalu—. Y vosotros sois unos cretinos si os habéis asustado.

—No creo que la peste le guste a nadie —refunfuñó Matthews—. Y una pequeña prueba, un análisis de ésos, no le hará daño a nadie, supongo.

—Asegúrate de que todas las armas y demás cosas están bien escondidas. Yo atenderé a esa gente… Avisa al de la radio que la

mantenga en silencio, que no reciba llamada alguna ni la emita, sea sobre lo que sea… Podrían interferir los de esa lancha con la suya… Cerrad bien los subterráneos especiales, y que se queden algunos hombres abajo vigilando las armas, los explosivos…, todo.

—Está bien… ¿Eso quiere decir que los que nos quedemos abajo no seremos examinados?

—Yo arreglaré eso. Si existe la menor posibilidad de que haya peste en la isla, soy el primer interesado en ponerle remedio. Y, naturalmente, espero que lo entiendas, no quiero gente apestada, sino perfectamente sana, a mi lado.

—Sí, lo entiendo. Me ocuparé de todo eso.

—Sal por detrás.

Matthews se adentró en la gran casa, para salir por la parte de atrás, mientras Palabalu caminaba hacia la salida principal. Desde la veranda, vio ya a los pocos chiquillos de la isla, con sus madres, agrupándose, como animalillos asustados, delante de los hombres de las batas blancas, dos de los cuales habían colocado sobre la arena una mesa, desplegándola, y sobre la cual estaban colocando cosas que no podía distinguir… En la lancha oficial, y en la playa, la dotación, entre la que había bastantes hombres de raza blanca, contemplaban en silencio la escena, un tanto cohibidos, como si quisieran colocarse lo más lejos posible.

La negrísima mirada de Palabalu fue hacia el mar, a lo lejos, en todas direcciones. No se veía una sola embarcación como aquélla, pero sí algunos juncos y sampanes, simples siluetas en la cada vez más escasa luz de la tarde.

Cuando llegó a la playa, uno de los médicos acababa de pinchar con una lanceta a uno de los niños, que lo contemplaba con los ojos muy abiertos, sobrecogido, en silencio. En realidad, el silencio era absoluto entre los seres vivos reunidos en aquella playa. Algunos marineros contemplaron incrédulamente a Palabalu, pero el personal médico ni siquiera lo miró, ocupados todos en la obtención de lo necesario para los análisis.

Palabalu se dirigió directamente al oficial, que, evidentemente, dirigía aquella inesperada operación sanitaria. Un hombre alto, rubio, atlético, con un aspecto de inglés que no admitía discusiones.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Palabalu.

El otro tuvo que alzar la cabeza para mirarlo. Se quitó la gorra

de plato y se pasó un brazo por la frente.

—Peste —dijo secamente—. ¿No lo sabía?

—No.

—Pues ya lo sabe. Póngase con los demás, hasta que le toque el turno. Tenemos que obtener análisis de todos aunque se haga de noche, y mañana proseguiremos. Mientras tanto, está terminantemente prohibido abandonar la isla, a menos que sea para llevarlos a un hospital… si la prueba sobre el terreno es positiva.

Palabalu no entendía nada de nada.

—¿Qué prueba?

—Se hacen algunas aquí mismo, por procedimientos especiales. Y si hay un solo resultado positivo inicialmente, todos tendrán que ser evacuados para quedar bajo observación.

—¿Todos? ¿Todos los de la isla?

—Naturalmente… ¿Qué hay? —Gruñó, correspondiendo al saludo del marino que llegaba a toda prisa procedente de la lancha.

—Un radio, señor. Urgente. Se comunica a todas las lanchas que realicen la labor discretamente, alargando al máximo el tiempo que se pueda ocultar a la prensa lo que está sucediendo. Las demás lanchas, al parecer, están regresando ya, y se nos ordena que durante la noche hagamos solamente el servicio normal.

El oficial tomó el papel, lo leyó, asintió con la cabeza, y se disponía a decir algo cuando uno de los médicos, que parecía dirigir el grupo, le hizo una seña. El oficial despidió al marino con un gesto, y se acercó al médico, que le mostró un pedacito de vidrio con unas manchas. Estuvieron cuchicheando unos segundos, y luego el médico señaló a uno de los niños… Solamente se oía el rumor del mar. Volvieron a cuchichear…, y aún estaban haciéndolo cuando otro de los médicos se unió a ellos, le mostró otro pedacito de cristal al jefe médico, y señaló a una de las mujeres… La inquietud comenzó a cundir en los habitantes del islote. El oficial de la lancha formó ante él a cuatro marineros, y les estuvo dando instrucciones. Luego, los marineros se fueron hacia las barcas de pesca de los isleños, y comenzaron a empujarlas hacia el agua, hasta cuatro… Palabalu ya no sabía qué hacer, ni a quién mirar…

—¿Alguno de ustedes se ve capaz de hacerse responsable de la isla? —preguntó de pronto el oficial.

Todas las miradas cayeron sobre Palabalu, que parpadeó.

—Yo… Yo mismo, sí.

El oficial lo tomó de un brazo y se lo llevó aparte.

—Efectivamente, hay peste en la isla… No se asuste, no haga nada. Tranquilo. Tenemos que evacuarlos a todos ustedes, y cuanto antes, mejor. Las mujeres y los niños se irán ahora mismo en esas barcas que mis hombres han apartado… ¿Hay algún caso agudo en la isla?

—¿Agudo?

—Sí. Fiebres altas… ¿No ha muerto nadie en estos últimos días?

—No… No, no.

—¿Hay médico en la isla?

—No…

El oficial le dirigió una torva mirada. Luego, volvió a reunirse con el médico jefe, y estuvieron cuchicheando otra vez. Regresó ante Palabalu.

—Si nos llevamos a todos los que encontremos, vamos a llenar Singapur de apestados —gruñó hoscamente—. Puesto que los niños y las mujeres precisan atención más inmediata, nos los llevaremos, pero ustedes se quedarán aquí… Los hombres, quiero decir. Por la mañana, o quizá esta misma noche si hay alguno disponible, les enviaremos un médico. Dos, si es posible, con medicamentos…

—Pero… ¿todo esto es cierto? ¿Hay peste?

El oficial le dirigió una mirada fulminante, y espetó:

—Váyase al demonio.

Lo dejó allí, como un gigantesco árbol recién plantado, y comenzó a dar órdenes. Palabalu se pasó una mano por la cara, sombrío, pensativo, vacilante… En la playa quedaban los pescadores, mientras que los asesinos que se entrenaban estaban casi todos, sobre todo los de raza blanca, escondidos en las cuevas donde tenían el armamento, la radio, los explosivos, todo lo que tenía que permanecer oculto a la vista de cualquier posible curioso que llegase por sorpresa a la isla… Y con los pescadores, que eran solamente asesinos de poca monta, no parecía fácil enfrentarse a la tripulación de la lancha. Por otra parte, si los mataban a todos, quizá las autoridades… Imposible. Si aquella lancha, de cuya autenticidad no tenía la menor duda, no regresaba a Singapur, las cosas se iban a complicar, ya que allá debían saber muy bien dónde estaba en aquel momento, y llegarían a pedir explicaciones…

Completamente desorientado por primera vez desde que se hiciera cargo de aquel espantoso campo de entrenamiento de la organización «Time», Palabalu tuvo que permanecer inmóvil mientras las mujeres y los niños eran ayudados a subir a las barcas, cada una de las cuales iría mandada por un marino. El oficial estaba hablando otra vez con el médico, que asentía con la cabeza. Luego, todo el personal médico regresó a la lancha, hablando en murmullos, mirando hacia las cuatro barcas que ya se alejaban, con las mujeres y los niños.

El oficial volvió a encararse con el desorientado Palabalu.

—No abandonen la isla para nada. No ingieran ninguna clase de alimentos, y menos, agua. Haremos lo posible para que vengan a atenderlos esta misma noche… ¿Está claro?

—Sí.

—De acuerdo, entonces.

Dio media vuelta y se fue hacia la lancha, por entre sus hombres. Palabalu y los demás hombres vieron a toda la dotación subir a bordo, y, apenas había llegado el último, la embarcación se puso en marcha, retrocediendo, girando para poner proa a mar abierto.

—La peste… —dijo por fin alguien—. ¡La peste!

—Callaos —se impuso inmediatamente Palabalu—. Ya veréis cómo no es nada. Pediré instrucciones por la radio a…

Se detuvo en seco. ¿Por la radio? No… Él mismo había tenido el buen sentido de prohibir su utilización, por lo menos mientras existiese la menor posibilidad de que alguna de las lanchas oficiales, atentas a cualquier mensaje o información que debían estar intercambiando, pudiese interferir en su onda. No podía hacer nada, por el momento.

Mientras tanto, en la lancha, el oficial había entrado en el pequeño puente de mando, donde otro oficial de idéntica graduación y uniforme permanecía tranquilamente sentado, fumando. El que había estado en la isla sonrió, se quitó la gorra, y dijo:

—Casi es de mi medida. Muchas gracias por su colaboración, capitán.

—Sólo he hecho que obedecer órdenes que, si quiere que le diga la verdad, ni siquiera sé de dónde han llegado.

—Digamos que esas órdenes son… un reflejo fiel del buen entendimiento entre los servicios de inteligencia inglés y norteamericano. Alguna vez les devolveremos el favor —se volvió hacia un hombre de paisano, en mangas de camisa, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y una radio ante él—. ¿Hay noticias?

—Todavía no.

—Pues deberían haber llegado ya.

—No han llamado.

El falso oficial encendió un cigarrillo, y se quedó mirando, pensativo, hacia el mar, hacia las barcas en las que mujeres y niños, muy pocos, se alejaban de allí…

Tut, tut, tut…

—¡Están llamando! —exclamó el hombre en mangas de camisa, abriendo el canal—. Adelante, escuchamos.

—¿Está Porter ahí, Jess?

—Desde luego —dijo el falso oficial—. Adelante, Guy. ¿Cómo ha ido eso?

—Perfecto. Hemos llegado a la isla, y como vosotros los habíais concentrado en la playa a todos, hemos tocado tierra sin novedad.

—¿Y las cargas?

—Todo perfecto. Podemos colocarlas en cuanto llegue la noche.

—De acuerdo; no os quitéis los trajes de goma. En cuanto lo hayáis hecho todo, llamad, echaros al agua y nadad, siempre sumergidos, en la dirección convenida. Os recogeremos y volveremos a Singapur.

—*Okay*… ¿Y luego?

—Lo que ocurra luego, ya no es cosa nuestra. Hemos cumplido con toda exactitud las órdenes. Por lo demás, allá ella… Que, por otra parte, sabe muy bien lo que hace, naturalmente.

Capítulo IX

Margaret Waterwood suspiró dulcemente mientras Ernest Randall-Simmons la abrazaba, y luego, cuando él, tras separarla un poco, se disponía a besarla, se le adelantó:

—No digas nada… —susurró—. No hagas nada, mi amor. Soy yo quien tiene una sorpresa para ti.

Randall-Simmons alzó las cejas, con gesto complacido y sorprendido a la vez.

—¿Una sorpresa?

—Ven —ella le tomó de una mano y lo llevó hasta el dormitorio, señalando su equipaje, ya preparado—. Lo tengo todo preparado: me voy contigo.

—Em… Me parece que no entiendo, Margaret.

—Oh, querido, qué tonto eres —ella le besó en la barbilla—. Te estoy diciendo que acepto instalarme en tu chalet de la playa, en… en…

—En Pasit Panjang —terminó él—. Pero, ¿no decías que no querías…?

—Eso era antes, cuando pensaba que sólo pretendías tener una amiguita a tu disposición… Pero ahora, que sé que me amas, no me importará hacer lo que me pidas. De todos modos, puesto que voy a tener que quedarme en Singapur…, al parecer definitivamente, no voy a quedarme en el hotel hasta que…, hasta que nos casemos. Debe pasar algún tiempo, debo conocer a tus amigos, asistir a fiestas y cosas así… Supongo que estaré mucho mejor en tu casita que en este hotel, o en cualquier otro… Y podemos irnos allá cuando tú quieras. Si puede ser —lo besó ligeramente en los labios—, ahora mismo. Y espero… —Su voz bajó de tono, sus párpados se abatieron un instante—, espero que esta noche no… no tengas nada… demasiado importante que hacer. Quiero decir…

Ernest Randall-Simmons la abrazó fuertemente y acercó su boca

a la de ella.

—No te arrepentirás —dijo con voz ronca—. Margaret, no te arrepentirás nunca de haberte quedado a mi lado, te lo juro. Vamos abajo: liquidaremos tu cuenta en el hotel, y enviaremos un botones a por el equipaje… Podemos estar en mi chalet antes de media hora.

—Media hora aún… Ernest, ¿es posible ser tan dichosa? ¿Es posible tener tanta felicidad a nuestro alcance?

—Ya lo verás… —aseguró él—. Ya lo verás, amor mío…

—¿Te gusta?

Haciendo la pregunta, Randall-Simmons abrazó a Margaret rodeando su cintura por atrás. Ella dejó caer la cabeza contra su pecho, y suspiró de aquel modo delicioso. Ante ella, el estrecho de Malaca, salpicado de luces, de estrellas, con la luna ya en menguante, pero aún lo bastante grande para que su brillo se reflejase en las aguas coronadas de espuma que parecía de plata. Detrás de ellos, como una mancha luminiscente, Singapur. O Singapore…

—¿Gustarme? —musitó—. No sé ni qué decir, Ernest…

—Bien… —rió él—. No creo que haya gran cosa que decir, querida. Todo está dicho entre nosotros.

—Es todo tan maravilloso… Este lugar, la casita, la cena… Tienes un criado excepcional: hacía muchos años que no había cenado tan exquisitamente.

—Los chinos son maestros en la cocina —aseguró Randall-Simmons—. Y Choi es maestro de maestros. La lástima es que con tus deseos de venir aquí, tan de improviso, no me has permitido organizar mejor la velada…

—¿Mejor? —Se volvió ella entre sus brazos, asombrada.

—Bueno, habríamos podido hacer venir más criados, en lugar de ordenarle a Choi que viniese tan precipitadamente. Ha hecho lo que ha podido…, y si para ti es suficiente, tendré que felicitarlo.

—Lo felicitaremos los dos. Ah…, aquí lo tenemos, precisamente.

El criado chino apareció en la veranda, llevando en una bandeja un cubo de plata, con una botella de champaña hundida en pedacitos de hielo. Margaret y Randall-Simmons se sentaron, y éste dijo:

—Choi: la señorita me pide que te felicite por la cena. Asegura

que es la mejor que ha tenido en muchos años.

—Más que eso… —rió ella—. ¡En toda la vida, Choi!

—Quedo complacido y muy pagado por mi labor —se inclinó Choi, sonriendo de oreja a oreja—. Muy pagado, gracias, gracias…

—Tendré que subirte el suelo —rió Randall-Simmons—. No permitas que se me olvide.

—No, señor… —rió Choi—. No lo olvidaré, no.

—Estoy seguro de eso. Sírvenos el champaña, y puedes retirarte ya.

—¿No van a necesitar nada más?

—No… Vamos a quedarnos solos aquí, oyendo el mar, viendo las estrellas, la luna…

—Hay muchas cosas que ver cuando se ama —sentenció Choi, sonriendo alegremente—. En China dicen: el amor es todo ojos, y ninguno es ciego.

—Pues en otros sitios —rió Margaret— dicen que el amor es ciego, Choi.

—Los otros sitios —zanjó el chino la cuestión— no son China, señorita.

—Verdad —alzó ella una mano, graciosamente.

Ernest Randall-Simmons se echó a reír. Choi acabó de servir el champaña y se retiró, silencioso. Su labor había terminado, al menos por aquel día. Margaret alzó su copa de champaña y susurró:

—Por el amor… Que siempre sea el sentimiento que más abunde en el mundo, Ernest.

—Por el amor —brindó él.

Bebieron un sorbo, mirándose a los ojos. Margaret dejó su copa sobre la mesa, dirigiendo una mirada discretísima a su relojito de pulsera. Se puso en pie, de pronto.

—Ahora vuelvo —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Adónde vas?

—Querido, ¡qué pregunta tan poco correcta…!

—Oh… Ah, bien, entiendo. Perdona.

—Vuelvo en seguida.

Entró en la casa y se fue directa, sin la menor vacilación, a la cocina. Choi la oyó llegar, puesto que nada hizo ella por impedirlo. Se quedó mirándola con una sonrisa entre bonachona e irónica.

—¿Desea algo, señorita?

—Sí, Choi. Tengo algo para ti.

—Oh… Bueno, señorita, el señor me tiene terminantemente prohibido que acepte propinas de sus amigos o invitados, así que no puedo…

—No es exactamente una propina —dijo ella—. Acércate.

Choi se acercó, inescrutable el rostro, pero en el fondo debía estar intrigadísimo. Vio la mano derecha de la señorita Waterwood alzarse, la miró, como esperando algún juego de magia…, y lo que sucedió fue sencillamente que aquella mano, de canto, sorprendentemente durísima, cayó sobre su frente, fulminándolo al suelo como muerto.

La señorita Waterwood volvió a mirar entonces su relojito, esperó un par de minutos, y regresó a la veranda. Randall-Simmons se puso en pie al verla llegar.

—Te he servido más champaña —dijo.

—Gracias, mi amor. En cuanto a mí, tengo una pequeña sorpresa para ti.

—Magnífico. Espero que sea buena…

—No. Es pésima. Al menos, es pésima para ti… Mira a lo lejos, hacia el mar… ¿Qué crees que hay allí?

—Pues… mar. E islas, claro. ¿No?

—Por supuesto. Pero también, en una de esas islas, hay una organización de asesinos, de terroristas que han estado sembrando cizaña internacional al servicio de intereses que todavía no hemos podido comprender muy bien… ¿Sabes de qué te estoy hablando?

—No.

—Me extenderé un poco más. En uno de esos islotes hay un puñado de hombres que no merecen este nombre. Son… alimañas. Operan en las más diversas canalladas que puedas imaginarte con el nombre de «Time»… Hace más de dos años que vamos detrás de esa organización, pero, hasta pocos días, en Europa, no pudimos conseguir una pista que valiese la pena: un hombre llamado Henry Schafer, que había herido a uno de mis compañeros muy gravemente, fue herido a su vez, y capturado. Inmediatamente, fui llamada a Nueva York, y tardé dos minutos en «convencer» a Henry Schafer de que debía ser muy, muy, muy explícito conmigo. Una vez me hubo facilitado toda la información de que disponía, falleció… Fue una lástima. Aunque quizá fue parte culpa mía,

porque lo traté un tanto… duramente. El hecho es que falleció. Lo enterramos junto al lago Constanza, cerca de cierta cabaña en la que, no hace mucho, algunos miembros de «Time» fueron a ver si realmente estaba allí el cadáver de Henry Schafer. Vaya si estaba… ¿Cómo no había de estar, si yo misma dirigí su entierro…? Mientras tanto, yo me había hecho pasar por su viuda, y entré en contacto con dos sujetos de esa organización, de un modo un tanto… expeditivo, porque tuve que matar a uno de ellos, pero, comprende, mi actuación tenía que ser del todo convincente. Fue tan convincente en todo momento que mis esperanzas de ir introduciéndome cada vez más en la organización, se fueron cumpliendo. Y mucho más de prisa de lo que había esperado. Primero, tuve que ser… admitida por De Vries. Luego, por Hugo Scarbole. Después, por Palabalu… Yo era tan valiosa que supongo me fueron concedidos ciertos privilegios, ciertos saltos en el… escalafón normal. Directamente pasé al grupo quinto, el de los asesinos sin entrañas. Me lo había ganado, ciertamente, porque puedo ser una asesina sin entrañas cuando llega el momento… Fue una mala suerte para «Time» que me hiriesen a uno de mis compañeros. Muy mala suerte, porque eso no me ha gustado nunca. Otra cosa que no me ha gustado nunca es que mi fotografía, sobre todo sin ropas, vaya pasando por ciertas manos… Palabalu tenía una de esas fotografías, que tomó Hugo Scarbole. Me la enseñó. Luego, después de pequeños incidentes, me encargó una misión que parecía… y es desconcertante: enamorarte…

—¿A mí? Mira, Margaret, no sé de qué estás…

—Oh, vamos, mi amor… ¿Quieres que te diga cuál ha sido mi objetivo en todo momento, el motivo por el cual nunca intervine en pequeñas escaramuzas con elementos de «Time»? Es muy sencillo: para intercambiar balas, no hace falta ser nadie especial, ni generalmente se mata a nadie especial… Lo que yo quería, lo que vi la oportunidad de conseguir, era la cabeza de «Time»… Del hombre que con el nombre de «Time» dirige la organización del mismo nombre. Solamente eso…, y para llegar hasta esa cabeza, no he reparado en nada. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque quiero cortarla. ¿Qué se gana matando a gentuza como Scarbole, De Vries, Karakis, Palabalu…? Nada, mientras siga

sobre sus hombros la cabeza que puede encontrar, adiestrar, alquilar más asesinos, más terroristas… La cabeza es lo que yo quiero: la hermosa cabeza de «Time». Así que, aceptándolo todo, ése ha sido mi único objetivo. Una vez cortada esa cabeza, se acabó para siempre la organización «Time»… Y, mi amor, ¡yo me sentiré tan satisfecha cuando eso suceda! No quiero saber nada más: ni quiénes son los clientes de «Time», ni cuánto dinero ha ganado, ni cuántas matanzas ha organizado… No quiero saber nada. Me basta con saber que jamás, JAMAS, volverá a poder hacerlo Y… ¿sabes?, ya he llegado hasta el misterioso, topoderoso «Time».

—¿Quién es?

—Verás… Hace un momento te he hablado de cierta fotografía mía que obtuvo Hugo Scarbole, el cual la envió a su vez a Palabalu… Aunque esté mal decirlo, soy muy hermosa. ¿Sabes qué ocurrió?

—No.

—Pues que «Time» se encaprichó de mí. Era de prever… En realidad, siempre juego con esa posibilidad amorosa…, a mi favor, claro. Sucedió lo inevitable, y entonces, «Time» quiso… gozar de mi compañía. Fue un truco espléndido el que utilizó Palabalu para lanzarme en brazos de «Time», que tiene que haberse divertido de lo lindo, sabiendo muy bien que lo que yo estaba haciendo era obedecer sus propias órdenes, besándolo y… y otras cosas… No sé cuánto habría durado el juego si no se me hubiese ocurrido cierta cosa que parecía no tener demasiada importancia: pensé que el hombre al que yo tenía que enamorar bien pudiera ser un agente del servicio secreto inglés, por ejemplo, en cuyo caso debía arreglármelas de modo que no saliese demasiado perjudicado por los planes de «Time»… Y para convencerme de si debía o no debía tener ciertas consideraciones con mi supuesto colega británico, me fui a su casa, entré en su despacho, abrí su caja fuerte…, ¿y qué dirás que encontré en el compartimiento secreto?

—No lo sé —sonrió Randall-Simmons.

—Mi fotografía. La que me hiciera Hugo Scarbole. Allá estaba… Ya no miré nada más, realmente. ¿Para qué? Debo admitir que no acababa de comprender aquello, al principio… ¿Cómo era posible que Palabalu le hubiese entregado mi fotografía a tan distinguido caballero? Pues muy sencillo: porque el tan distinguido caballero

era su jefe absoluto, el todopoderoso, el invisible, el desconocidísimo «Time», pero conocidísimo Ernest Randall-Simmons…, que, como otros muchos, había cometido un grandísimo error: encapricharse conmigo, y querer… divertirse unos días antes de, seguramente, ordenar que me eliminasen, porque, en el fondo, la organización «Time» no se fiaba de mí… ¿Cierto, mi amor?

—Cierto… —asintió Randall-Simmons, sonriendo—. Eres muy lista, Greta Schafer. Pero… no podrás con nosotros.

—¿No? —Ella volvió a mirar su relojito, y, de pronto, señaló hacia el mar—. Mira, querido… No te pierdas el espectáculo.

Se quedó así durante unos segundos, ante el asombrado Randall-Simmons, el director de «Time», el mismísimo «Time» cuya muerte podía hacer desaparecer gente cuyas actividades no eran del agrado de Greta Schafer.

—¿Qué…?

No tuvo necesidad de terminar la pregunta. Allá a lo lejos, dentro de la noche, dentro del mismo mar quizá, brotó de pronto una llamarada de color rojizo, que duró tres o cuatro segundos… Y sólo algunos más después, llegó hasta allí, hasta la romántica veranda, el poderoso estampido…

—Me parece —dijo Margaret— que hay una isla menos en el mapa. Habrá que avisar a los servicios cartográficos internacionales para que la… borren, igual que la han borrado esas cargas que espero hayan sido bien colocadas.

—¿Ha volado la isla…, mi isla?

—Sí, mi amor. Oh, pero no debes preocuparte demasiado: me encargué de que las mujeres y los niños fuesen evacuados. En cambio, del enorme Palabalu y demás asesinos, no creo que queden ni los huesos. Yo creo que así está bien, ¿no te parece?

—¿Tú sola has conseguido todo esto?

—Pues, la verdad, he tenido algunas pequeñas ayuditas… Ah, Ernest, Ernest, querido Ernest…, ¿por qué siempre los canallas pensáis que sois más listos que el resto del mundo? ¿Por qué nunca escarmentáis, por qué siempre os complicáis la vida con mujeres y cosas así? Cuando se es malo, uno sólo debe dedicarse a la maldad, mi amor. Es lo que mejor le sienta. ¿Ves tu caso, por ejemplo? Te encaprichas de una joven, que, eso sí, es hermosísima, y… ¿a qué te

ha conducido esto, este… capricho señorial tuyo, esta seguridad en tu inteligencia y en la tontería de los demás? Pues ya ves, al fracaso absoluto, a tu final.

—¿A mi… final?

—Ya te he dicho que quiero tu cabeza.

—Espera… No sé quién eres, ni por qué has hecho todo esto, pero… pero aún podemos… llegar a un acuerdo satisfactorio para los dos. Si es por dinero, puedo darte más que nadie… Y aún nos quedarían muchas hermosas noches que pasar juntos en Singapore…

—No es por dinero —negó ella fríamente—. Además, ya no tienes nada, porque antes de que fueses a buscarme, yo estuve otra vez en tu casa, te quité tus talonarios, tus apuntes… Todo. Y naturalmente, mi fotografía. La guardaré como recuerdo de estas noches en Singapore. Respecto a esto, te diré que no… No habrá más noches como ésta, porque ésta es mi última noche en Singapore. Y la tuya, Ernest… Nuestra última noche en Singapore.

Randall-Simmons se puso bruscamente en pie, derribando la silla, y asió la botella de champaña por el cuello, blandiéndola.

—Te voy a aplastar la cabeza… ¡Yo mismo voy a tener el placer de reventártela como si fuese…!

Estaba ya abalanzándose contra la señorita Waterwood, pero ésta sacó entonces su mano derecha de debajo de la falda, y la movió fuertemente hacia delante, lanzando el ancho cuchillo de cocina, que se hundió en la garganta de Randall-Simmons, con fuerza, terriblemente. Ni un solo sonido más brotó de la boca de «Time»… Primero pareció que fuese a caer de espaldas, pero, soltando la botella de champaña, se aferró con ambas manos a la mesa, y estuvo así, en pie, muriendo velozmente, contemplando con ojos aterrados, desorbitados, a Margaret Waterwood. O Greta Schafer. O…

De pronto, se derrumbó, y quedó tendido de espaldas, con los desorbitados ojos fijos en el cielo, en las estrellas, en la luna suavemente anaranjada, en su agonía, en su descenso…

Margaret Waterwood se puso en pie, entró en la casa y regresó a la veranda un minuto después, con su equipaje. Lo dejó en el suelo, se sentó, y permaneció inmóvil, esperando… Cuando, tan sólo tres minutos más tarde, apareció el helicóptero sobrevolando la hermosa

playa, le envió a Cheke Sakti unos rayos de luz, en la forma convenida, y el helicóptero, orientado inmediatamente hacia allí, comenzó a descender sobre el jardín.

La señorita Margaret Waterwood terminó entonces el champaña que había quedado en su copa, se puso en pie mirando a Ernest Randall-Simmons, y dijo:

—Como ves, no te he mentido, mi amor: última noche en Singapore.

Este es el final

Hugo Scarbole entró en su despacho, se sentó a su mesa, encendió un cigarrillo, y, de pronto, al dejarlo sobre el cenicero, se quedó petrificado, contemplando aquella fotografía. Parpadeó, incrédulo y desconcertado. Sí, seguro: era la que él le había tomado a Greta Schafer antes de… Pero se la había enviado a Palabalu… ¿Cómo era posible que estuviese allí?

—La he traído yo, Hugo.

Scarbole alzó vivamente la cabeza, respingando, hacia el gran sofá, por detrás del cual, con una pistolita en la mano, aparecía Greta Schafer.

—¿De dónde sales tú? ¿Qué haces aquí?

—Pues… digamos que pasé mi última noche en Singapore, y he querido pasar por aquí para saludarte, antes de regresar a casa.

—¿Quién te ha dado permiso para abandonar el campo…?

—Ya no hay campo. No hay asesinos. No hay maestros de muertes… Y por no haber, Hugo, no hay ni siquiera isla. Todo se lo llevó hacia los infiernos unas cargas de dinamita colocadas en sitios adecuados por… hombres adecuados. Yo los llamo Simones.

—¿Simones?

—Sí… Esto olvidé decírselo a «Time». Mi nombre…

—¿«Time»? ¿Has visto a «Time»?

—Oh, sí. Pero, como te decía, olvidé decirle cuál es mi verdadero nombre. Por eso, para que usted se lo diga ahora que irá a reunirse con él, he venido a decírselo. Cuando lo vea, dígale que Greta Schafer era Brigitte Bierrenbach Montfort, alias «Baby», la agente de super-super-superlujo de la CIA No sé si has oído hablar de mí, pero… Ah, sí. Sí, veo por tu expresión que sí sabes algo sobre cierta bellísima muchacha llamada «Baby»… ¿Verdad, Hugo?

—Sí.

—Bueno, así están las cosas… Tú le dices eso a «Time», y él te

dirá a ti lo que le expliqué. Así tendréis de qué charlar. Y ahora, siéntate ahí, en el sillón que destinas a tus visitas. ¡Vamos! —Movió la pistolita—. Te advierto que ahora no está entorpecida para disparar como cuando permití que el pobre De Vries me la arrebatase en la carretera de Montecarlo a Niza… ¿Quieres comprobarlo?

Hugo Scarbole se pasó la lengua por los labios, vaciló, y por fin rodeó la mesa, y fue a sentarse en el sillón, tenso, envarado. Su rostro había perdido el color.

Greta Schafer, o sea Margaret Waterwood, es decir, la señorita Brigitte Montfort, y, en fin, ni más ni menos que la agente «Baby» de la CIA, fue a su vez a sentarse en el sillón de Scarbole, y desde allí se quedó mirándolo malignamente.

—¿Sabes, Hugo? No me gustó aquello, no… Y he querido que lo sepas antes de matarte. ¿Te has enterado?

—Sí. Pero pod…

Plof, chascó la pistolita.

Y un diminuto orificio apareció en la frente de Hugo Scarbole, que se quedó inmóvil. Era como si nada hubiese sucedido… Pero había sucedido: la bala había entrado en su cerebro asesino. La señorita Montfort lo estuvo contemplando unos segundos. Luego, encogió los hombros, apretó sobre la mesa, y el sillón desapareció y reapareció…, pero ya sin Scarbole sentado en él.

—Bueno —dijo la divina espía—, yo creo que tres metros más abajo estás ya más cerca del infierno. Como ves, te ahorro parte del viaje.

Salió del despacho, pasó por la sala de recibo, para asegurarse de que Salim seguía durmiendo profundamente bajo los efectos del tremendo golpe de kárate, y luego salió de la casa. Caminó durante un centenar de metros, hasta una calle lo bastante amplia para que los coches pudieran estacionarse junto a una de las aceras, fue señalándolos hasta encontrar el que buscaba, y segundos después se acomodaba en el asiento posterior.

En el volante había un hombre, y otro junto a él, ambos con la cabeza vuelta.

—¿Ha terminado? —preguntó el segundo.

—Así es.

Ella tendió la manita derecha, y el hombre sacó un sobre del

bolsillo, y lo puso en su palma.

—Dinero, pasaje hasta París, reserva del vuelo París-New York… ¿De verdad no podemos hacer nada más por usted, «Baby»?

—Ya lo han hecho. Especialmente, con la buena noticia de que Simón-Munich se ha salvado definitivamente. Y ahora, si no les molesta, ¿serían tan amables de llevarme al aeropuerto?

—¿Molestarnos? Vaya, ésta es buena… ¡Si de nosotros dependiese, la llevaríamos al cielo!

—No sé —susurró Brigitte Montfort—. No sé, Simón. Casi empiezo a dudar ser admitida allá alguna vez. Pero, realmente, no me arrepiento de mi última noche en Singapore…

FIN

Notas

[1] *schweinehund*: Cerdo asqueroso (Nota del Ed.). <<

[2] Cheke Sakti es uno de los personajes principales en la novela titulada *Viento de Malasia, vol. 1 y 2,* publicada en esta colección. < <